15 ES

La dinámica política en América Latina - Sebastien Ville

1. G. Almeyra, “Notas sobre los gobiernos « progresistas »”, 2011
2. Franck Gaudichaud, Venezuela. “Las tensiones del proceso bolivariano”, 2012
3. Michael Löwy, Brasil. “La “mosca azul” del poder: el PT de Lula a Dilma”, 2009
4. Edgard Sánchez, “La OPT, una alternativa proletaria frente a la crisis de los partidos”, 2011
5. Pedro Campos, Cuba. “Una batalla estratégica en curso para el porvenir del socialismo”, 2011

Para ir más lejos

6. Claudio Katz, “América latina: ¿hacia el socialismo del siglo XXI?”, 2008
7. Elementos de bibliografia

ECOSOCIALIST SCHOOL

International Institute for Research and Education - Amsterdam
24th Noviembre – 15th Diciembre 2012

Guillermo Almeyra, Notas sobre los gobiernos "progresistas"

Así como no hay una sola América Latina sino diversas regiones muy diferentes entre sí unidas más que todo de modo laxo por la historia y la cultura comunes y por el común problema de su dependencia del imperialismo estadounidense que ha hecho de la región su patio trasero, no hay una categoría especial de "gobiernos progresistas" porque éstos son fruto de una serie de relaciones de fuerzas particulares entre las clases principales de los distintos países y el capital financiero internacional y el imperialismo, relaciones irrepetibles que dependen estrechamente de la historia, la densidad social y la cultura de cada país. Ellas dan como resultado, esporádicamente, el surgimiento de bloques sociales populares, antiimperialistas y antioligárquicos, que incluyen sectores de las clases dominantes o de las clases medias acomodadas que intentan llevar a cabo una política nacionalista burguesa aprovechando las dificultades que enfrenta el imperialismo en el plano mundial así como las brechas en su dominación para ampliar el espacio para el crecimiento de la economía nacional a contrapelo de la línea general que quiere imponer el capital financiero internacional.

2- El carácter mundial del sistema capitalista y la inserción en él de los países de todas las regiones de la llamada América Latina en una relación de dependencia atrapan por los pies a los gobiernos capitalistas de esos países cuando intentan salirse aunque sea parcialmente del pantano asfixiante de las políticas neoliberales. Dado que todos ellos surgen de una crisis social y de movimientos de masa con una dinámica que choca contra la forma hasta entonces asentada de dominación capitalista y, por lo tanto, cuestionan al capitalismo mismo sin tener plena conciencia de ello y crean, como dijimos, un nuevo bloque de clases partidario de una política nacional antiimperialista, esos gobiernos, que carecen de fuerzas propias, no tienen otra posibilidad de afirmarse sino avanzando con medidas más audaces que afectan al capital.

3- Los llamados gobiernos "progresistas" nacen, en escala mundial, en la crisis y de la crisis del imperialismo y aprovechan, para tratar de mantener el sistema modificándolo, la canalización de las fuerzas sociales no capitalistas y objetivamente en choque con el capitalismo –los sectores obreros, campesinos y populares- que aún carecen de independencia política, de una conciencia anticapitalista y de un programa propio. Estas fuerzas se mueven, sobre todo, en el marco de las reivindicaciones económicas y sociales ofrecidas por el Estado de Bienestar Social dentro del margen del sistema y por reivindicaciones nacionalistas, anticolonialistas y en pro de la justicia étnica allí donde los descendientes de los pueblos originarios o los afroamericanos son mayoría o una parte importante de la población.

4-El gobierno de Lázaro Cárdenas, a raíz de la crisis de 1929, es el ejemplo más radical de este tipo de gobiernos y Trotsky lo calificó de bonapartista sui generis porque, siendo capitalista y tratando de afirmar el Estado capitalista, se apoyaba en los campesinos que ocupaban las tierras y los armaba contra los terratenientes, sostenía a los obreros y los organizaba para, al mismo tiempo, subordinarlos a su gobierno y, con el apoyo y la movilización de los explotados, contrabalanceaba al imperialismo y a las débiles clases dominantes a escala nacional, así como a los servidores de éstas en el aparato estatal mientras, a nivel internacional, utilizaba las contradicciones entre los diversos imperialismo para navegar entre los escollos desarrollando una política nacional y nacionalista.

En ese mismo período se dio el efímero gobierno de Gran San Martín y de Guiteras en Cuba y en el período de crisis y recomposición del capitalismo de la inmediata posguerra surgieron otros gobiernos del mismo tipo, con profundas diferencias entre ellos, como el del MNR boliviano y su cogobierno con la Central Obrera Boliviana, el de Juan Domingo Perón, el de Getúlio Vargas en Brasil, el de Carlos Ibáñez del Campo en Chile, los de Juan José Arévalo y de Jacobo Arbenz en Guatemala o los del segundo y tercer gobiernos de Velasco Ibarra, en Ecuador. De la crisis de fines de los 60, con las grandes movilizaciones que culminaron en 1968, salieron igualmente los gobiernos de Juan Velazco Alvarado en Perú y Juan José Torres en Bolivia y, más recientemente, el de Hugo Chávez nació del estallido popular y la matanza del Caracazo y el gobierno kirchnerista, del derrumbe de la economía argentina en el 2001 con el consiguiente estallido popular que derribó al gobierno.

5- El capitalismo es un sistema mundial pero la realización de la ganancia (y la política necesaria para ello) se realizan en el plano de los diferentes Estados nacionales. Dada la impotencia de la burguesía nacional en esos Estados frente a la enorme potencia del capital financiero internacional, de las grandes transnacionales y de las grandes potencias imperialistas (en el caso de nuestro continente, de Estados Unidos) en cada Estado, pequeño o medio las clases dominantes se dividen. La mayoría de ellas se integra como socio menor en el capital financiero internacional, se hace importadora y exportadora, prestanombre, y exporta ilegalmente sus capitales. Un pequeño sector, en cambio, se aferra al aparato estatal y busca que éste la sustituya aceptando como mal menor que dicho aparato trate de reforzarse apoyándose en las clases populares y hasta impulse su organización y aplique una política nacionalista distributiva que privilegia el mercado interno (y, por lo tanto, a las PYMES y a las empresas que producen para el mismo).

Mientras el gobierno pueda retener el apoyo popular, y contener la radicalización de los sectores obreros organizados que quieren obtener nuevas conquistas (y que amenazan a toda la burguesía, especialmente a la nacional, que es la que tiene mayor intensidad de fuerza de trabajo y desconoce más las leyes laborales y la asistencia social y tiene menores márgenes de ganancia como para hacer concesiones), ese sector nacional raquítico aceptará, aunque no de muy buena gana, mantener una política económica propia del bloque antinatural que lo une con los trabajadores y con todo tipo de productores-consumidos. Pero cuando las dos hojas de la tijera se separen debido a una radicalización del sector social, la burguesía nacional, debido a sus intereses y a sus lazos culturales y sociales con el sector mayoritario de su clase, se subordinará al sector ligado al capital financiero y al imperialismo.

De modo que los gobiernos "progresistas" son efímeros y, o avanzan hacia el anticapitalista y se transforman y depuran, o caen ante la alianza entre el imperialismo y la oligarquía una vez que ya no tienen el apoyo popular que anteriormente disfrutaron. Esos gobiernos, en efecto, insistimos, son fruto de una relación de fuerzas que aparece excepcionalmente debido a condiciones nacionales o internacionales y que se modifican. Son una anomalía pues son gobiernos capitalistas que se ven obligados a realizar una política que no es la del gran capital movilizando

para ello fuerzas que no son capitalistas y sin las cuales no pueden vencer la resistencia de la mayoría de los capitalistas.

6- Esto nos lleva al papel del Estado en los países donde aparecen los llamados "gobiernos progresistas". En efecto, los outsiders en las clases dominantes que integran o crean esos gobiernos provienen o del aparato estatal (son militares como Cárdenas, Perón, Ibáñez del Campo, Velazco Alvarado, Bermúdez, Torres, Arbenz, Chávez, o son políticos del régimen, como Kirchner y su esposa, políticos menemistas; o pertenecen a los sectores altos de las clases medias urbanas, es decir, a los sectores más integrados en el aparato estatal y con más intereses políticos, como el profesor Alvarado o el entonces candidato a diputado Fidel Castro) pues muy pocos son impulsados por revoluciones de masa (como la de 1952 en Bolivia o la casi revolución contra González de Lozada que llevó a Evo Morales al poder) ya que esas revoluciones fueron sólo tres: la haitiana, que fue una revolución social, étnica y de independencia, todo a la vez, la mexicana, que fue una revolución democrática y agraria y la boliviana de 1952, que tuvo aspectos marcados de una dualidad de poderes anticapitalista.

Los pequeñoburgueses civiles o uniformados que llegan al control del aparato estatal creen que éste se identifica con ellos y es su instrumento para la transformación de la sociedad donde el poder real sigue en manos de las clases dominantes ahora fundidas con el capital financiero internacional y están convencidos de que son verdaderos demiurgos ya que no confían en la capacidad de los trabajadores en los que se apoyan y temen la independencia de los mismos. De ahí el verticalismo de sus gobiernos, la concentración de las decisiones en sus líderes, el funcionamiento no democrático, voluntarista y decisionista del aparato del Estado, el aumento de la burocracia… y también la fragilidad de su sostén, aunque puedan tener un apoyo muy grande en determinados momentos.

7- Las revoluciones democráticas dirigidas desde el comienzo o canalizadas en su desarrollo por sectores de la pequeñoburguesía que no se dan inicialmente el objetivo de derribar al capitalismo (como el que siguió a Fidel Castro o el que apoyó el golpe de Hugo Chávez) llevan al gobierno a dirigentes que comparten los métodos y posiciones fundamentales de las clases dominantes salvo la sumisión al imperialismo y que sólo comienzan a desprenderse de algunos de ellos bajo la presión de las masas en que se apoyan o debido a los ataques del imperialismo, que les obligan a defenderse, como sucedió en Cuba. Esto es aún más claro en el caso de los que, como el kirchnerismo, son originados por una profunda crisis de dominación burguesa y un vacío político, combinado con un estallido popular, pero que no nacen con base propia. Son gobiernos capitalistas en manos no de capitalistas sino de pequeñoburgueses radicalizados que están influenciados por el antiimperialismo y el odio social a la opresión de vastas masas nacionales que aún no han llegado a adquirir una conciencia anticapitalista y buscan un cambio profundo, pero dentro del sistema, no antisistémico. Ellos controlan Estados capitalistas, influidos desde el exterior por la presión de su inserción en el mercado mundial y por el peso de las grandes transnacionales en su economía y que, en su propio seno, mantienen lazos con las clases dominantes en sus aparatos fundamentales y son terreno de una aguda lucha de sectores que esconde la lucha de clases.

8- La fuerza del capitalismo reside fundamentalmente en la hegemonía cultural que ejerce y en el fetichismo que hace creer a los asalariados que venden su mercancía fuerza de trabajo en el mercado como los artesanos venden las suyas, que el mercado es en principio justo y que el capitalismo es algo natural y eterno. La política de los gobiernos "progresistas", con sus reformas sociales y su distribucionismo ("50 y 50 por ciento del PIB" para el Trabajo y el Capital) y el mantenimiento de la ganancia de las grandes empresas imperialistas en el otro, aparece lógica ante esos sectores que, sin embargo, luchan todos los días intransigentemente contra los patrones por mejorar las condiciones de trabajo y los salarios y contra la burocracia, que forma parte del aparato del Estado, por la democracia sindical. Surgen así fenómenos como la sindicalización de masa y el sindicalismo combativo, pero con objetivos esencialmente corporativos y democráticos y, al mismo tiempo, la dependencia gubernamental de una poderosa burocracia sindical integrada en el Estado y que le hace de reclutador de apoyos y de colchón ante la presión de las bases.

9- El sindicalismo de clase y combativo y los movimientos sociales son la conditio sine qua non de la lucha por un cambio social, pero no bastan para lograrlo, pues lo que hay que conseguir es un cambio en la conciencia de clase, en escala masiva, de los trabajadores que hoy combaten contra algunos capitalistas pero no contra el capital. O sea, un cambio en la subjetividad como resultado de las experiencias de luchas analizadas y razonadas de modo socialista para difundir y animar lo que sólo aparece en determinados momentos de lucha, es decir, el colectivismo, la democracia proletaria, la plena solidaridad, el internacionalismo. Porque el desarrollo capitalista, que ha acabado con las comunidades y que tiende a imponer el egoísmo, el individualismo, el consumismo, el hedonismo como modelos de vida, obstaculiza hoy la educación en la vida cotidiana con todo lo que sea solidaridad familiar, de grupo, de barrio, sindical o nacional que en una etapa menor del desarrollo capitalista aún existía. Por eso los más radicales son los menos integrados, como los indígenas que viven en comunidades. Eso le otorga tanto peso a la necesidad de unificar en Bolivia los restos del comunitarismo indígena con la lucha por el socialismo.

10- Para ayudar a la eclosión del anticapitalismo de masas presente en forma semiinconsciente, históricamente, en algunos países con fuertes tradiciones de lucha, como Bolivia, Argentina o México, se necesitan instrumentos de lucha no sólo teóricos sino también en la acción sindical y política cotidiana. Lo primero es la conquista de la independencia de clase por parte de un sector importante de los trabajadores porque en el seno de ese movimiento los socialistas podrán actuar e influir más fácilmente con su irremplazable acción teórica y práctica en interacción continua con la elaboración teórica y la innovación organizativa a cargo de los trabajadores mismos y sabiéndolos escuchar y aprendiendo de ellos al mismo tiempo que aportan a su desarrollo teórico la comprensión de la unidad mundial del sistema y, por consiguiente, de la necesidad del internacionalismo. Los pequeños partidos sectarios no entienden la contradicción que existe, por una parte, entre quienes, deseando luchar, siguen a direcciones burguesas o pequeñoburguesas y, por la otra, estas direcciones, como la kirchnerista, y creen que una lucha sindical de clase con métodos radicales bastará para sustituirlas y dan a su "socialismo" sólo el carácter de una propaganda general para un futuro lejano. Pero esa lucha, aunque esté dirigida por grupos sectarios, es importante porque enfrenta la dependencia de los gobiernos "progresistas" de los aparatos de represión y de la burocracia sindical. Sin embargo, lo que hay que hacer no es solamente combatir las políticas procapitalistas e imponer la democracia sindical sino intentar aplicar y desarrollar políticas alternativas en el campo de la producción, de la distribución, del

consumo, reforzando las tendencias a la preservación del ambiente, a una vida rica y sin desperdicios, a la organización colectiva. Eso es algo que, actualmente, no hacen ni los gobiernos "progresistas", cuya política es neodesarrollistas y extractiva y refuerza al capital, ni tampoco los movimientos que se oponen por la izquierda a esos gobiernos.

26-05-2011- La Jornada

Venezuela, tras el nuevo triunfo electoral del presidente Hugo Chávez

Las tensiones del proceso bolivariano: nacionalismo popular, conquistas sociales y capitalismo rentista

Franck Gaudichaud

El domingo 7 de octubre Hugo Chávez festejaba su tercera victoria en las elecciones presidenciales, con el 55,1% de los sufragios, frente al 44,3% a favor de su principal adversario, el candidato neoliberal Henrique Capriles Radonski. La polarización política fue tal que los otros cuatro candidatos en liza quedaron literalmente barridos1. La popularidad, la capacidad de movilización y el liderazgo carismático de Chávez permanecen sólidamente demostrados, anclados y mayoritarios entre las y los "de abajo"; con una participación electoral que ha alcanzado niveles superiores al 80% del censo electoral. La manifestación de centenares de miles de personas (tal vez más de un millón) ocupando las calles de Caracas el jueves 4 de octubre, constituyó una incontestable demostración de vitalidad de la "revolución bolivariana" y también la omnipresencia del presidente a la hora de levantar el entusiasmo de la muchedumbre. Todo ello bajo los auspicios de un slogan de campaña pasablemente alejado del socialismo: "¡Chávez, corazón de la patria!". Encontramos aquí sin duda la fuerza del nacionalismo popular tal como se ha encarnado en Venezuela: un "cesarismo" progresista y antiimperialista (en el sentido de Gramsci) o incluso esa "razón populista" post-neoliberal, descrita por Ernesto Laclau2, que ha conseguido crear, reconstruyéndola por arriba y por abajo, una nueva comunidad política popular en Venezuela, a lo largo de esta última década. Pero si hay fervor, no es solo el fruto de una "irracionalidad" política, como se puede leer continuamente en la prensa dominante, o de la simple emergencia plebeya discursiva. Esta mística popular existe también gracias al balance social, muy real y bien comprendido, del proceso bolivariano: "A diferencia de lo que pasaba bajo los anteriores gobiernos, una gran parte de la renta petrolera ha sido utilizada para financiar la política social. Los (muchisimos) humildes que gritan 'viva Chávez' son la expresión, sin duda, de los millones de personas que acuden cada día a los distintos programas –Mercal, Pdval, Bicentenario, Farmapatria– donde pueden comprar productos de primera necesidad a precios subvencionados. Los jóvenes que se entusiasman –'Chávez va a ganar'– piensan indudablemente en la política de inclusión y de educación llevada a cabo en todos los niveles, en los libros y ordenadores (los canaimitas) gratuitos que se les han distribuido. Los viejos que visten sus camisetas rojas lo hacen probablemente porque los 200.000 jubilados que tenían una pensión al final de la IV República se han convertido hoy día en 2.300.000. Cuando las madres de familia hablan con emoción del 'comandante' es porque las distintas 'misiones' puestas en marcha les han dado acceso a la salud, porque dos millones de ellas y sus familiares gozan del régimen de seguridad social. Que las familias que vivían en alojamientos precarios tomen partido, tampoco tiene nada de sorprendente: la Gran Misión Vivienda Venezuela, aunque creada demasiado tarde, ha construido decenas de miles de viviendas desde su inicio hace dieciocho meses"3.

Según la Comisión Económica para América Latina de la ONU (CEPAL), Venezuela es el país con el descenso más espectacular de la pobreza en América Latina: entre 2002 y 2010, ésta ha pasado del 48,6% al 27,8%, y del 22,2% al 10,7% en lo que se refiere a la extrema pobreza. Además, el país posee actualmente uno de los más reducidos niveles de desigualdad de la región, lo que no es poco en el continente menos igualitario del planeta. Los cambios son por tanto muy palpables, muy lejos de los años neoliberales de la IV República (1958-1998). Habría que añadir a todo ello la creación de espacios de participación popular, sobre todo a través de los miles de Consejos comunales o de cooperativas campesinas surgidas de la reforma agraria; la reciente reforma del Código del Trabajo, el más progresista del continente4; la implantación de uno de los salarios mínimos más elevados de la región o incluso el regreso de la discusión sobre la soberanía del pueblo, el socialismo y el anti-capitalismo, mucho más allá de las simples esferas militantes. El programa de campaña de Chávez se orientaba claramente en torno a estas cuestiones estratégicas. Las elecciones del domingo tenían también un evidente carácter geopolítico. Una derrota del candidato del Partido Socialista Unificado de Venezuela (PSUV) y de sus aliados del Gran Polo patriótico (incluyendo al Partido Comunista Venezolano) habría deteriorado en gran medida las relaciones de clases continentales, amenazando no sólo las conquistas sociales y democráticas de la última década, sino también la nueva autonomía relativa del Sur frente al imperialismo, la jovencísima Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), y acabando sobre todo con proyectos novedosos, aunque todavía balbuceantes o limitados, como el ALBA5 o la Banca del Sur.

Sin embargo, esta nueva victoria electoral –muy clara e indiscutible- no puede esconder los múltiples problemas no resueltos después de 13 años de poder, los "dilemas" y las intensas contradicciones del proceso bolivariano, más allá de los discursos sobre "el socialismo del siglo XXI" (del que apenas se perciben unos contornos borrosos) 6. Citemos algunos de los más flagrantes:

- La corrupción sigue siendo endémica, a todos los niveles institucionales (en particular al nivel de los gobernadores de los Estados federados), hasta el punto de que se puede hablar de un fenómeno estructural y enquistado, herencia de un Estado rentista y petro-depediente que no ha sido transformado.

- La burocracia, la ineficacia y la débil institucionalización de las políticas públicas, la falta de productividad de las empresas estatales, la rotación permanente de responsables en los ministerios y, como fue reconocido y repetido por el propio presidente durante la campaña, "la falta de seguimiento de los proyectos", sobre todo de aquellos destinados a mejorar el acceso a la electricidad, a diversificar el modelo productivo o incluso a asegurar la soberanía alimentaria de un país que debe importar más del 75% de su alimentación.

- La inseguridad (sobre todo en las ciudades) y la amplitud de la criminalidad, que hace de Venezuela uno de los países con la mayor tasa de homicidios por arma de fuego ligera de todo el continente (excluyendo conflicto armado): una preocupación y un calvario cotidiano para los sectores populares, lo cual ha sido muy bien instrumentalizado por la derecha y la oligarquía, a pesar de algunos avances reales con la reciente reforma de la policía y el inicio de una toma en consideración del fenómeno.

- La debilidad de la estructuración del movimiento sindical, el fracaso –incluyendo la represión– de experiencias de control obrero y de cogestión (como en SIDOR o Sanitarios Maracay)7, el cuestionamiento de la independencia de la clase obrera, alimentada por la tentación permanente de un control por arriba del sindicalismo por parte del ejecutivo, verticalismo reforzado últimamente por las divisiones internas y la crisis de la UNETE (Unión Nacional de Trabajadores de Venezuela) y la creación (en 2011) de la CSBT (Central Socialista Bolivariana de los Trabajadores), infeudada en el Ministerio de Trabajo.

- La cuestión de la omnipresencia de Hugo Chávez, calificada a veces como "hiperpresidencialismo", y por tanto el nivel de personalización del poder, en un contexto –además– en que el presidente está gravemente enfermo de cáncer y considerablemente debilitado.

- El mantenimiento de un modelo de desarrollo (y de un Estado) rentista surgido de la paradójica "maldición" de la abundancia petrolera8: un modelo no duradero, basado esencialmente en la explotación de este recurso, y una economía capitalista mixta en la que más del 70% del PIB sigue en manos del sector privado9, mientras una casta –denominada "boli-burguesía"– se enriquece a la sombra de este maná y de una "derecha endógena" al gobierno, encarnada en algunos hombres fuertes (y riquísimos) como Diosdado Cabello (hoy día presidente de la Asamblea Nacional).

- La política exterior, particularmente hacia Oriente Medio, donde en nombre de una estrategia antiimperialista "campista", Hugo Chávez ha decidido apoyar, contra viento y marea, a diversos gobiernos autócratas, cuando no sanguinarios, de la región; una estrategia renovada después de las elecciones, cuando el presidente en una conferencia de prensa renovó su amistad con Bachard El Assad frente a los "terroristas" y la OTAN.

Sin embargo, y así lo hemos podido constar en nuestra estancia en Caracas durante las últimas elecciones, cada vez hay más voces y colectivos provenientes del "chavismo crítico" que se hacen oír para renovar su apoyo consciente al proceso (y a sus conquistas) 10, al mismo tiempo que denuncian su estancamiento y la falta de avances en muchos terrenos, explican también que si una parte del electorado popular ha decidido votar por Capriles lo ha hecho para expresar su descontento o su desconcierto. Como señala Patrick Guillaudat: "Observando de cerca los resultados, la victoria es frágil, a pesar del hecho de que Chávez haya ganado a Capriles en 22 de los 24 Estados del país. Entre las últimas elecciones presidenciales de 2006 y las de 2012, Chávez ha ganado 752.976 votos, mientras la oposición ganaba 2.175.984, o sea tres veces más. En los barrios populares de Caracas (Petare, 23 de Enero, La Vega...) el voto chavista ha bajado entre un 6% y un 9%. El mismo movimiento se da en las otras ciudades del país. Por otra parte, el recuento preciso de los votos de cada candidato, distribuidos partido a partido, muestra que más de una quinta parte de los votos obtenidos por Chávez se dirigen a partidos distintos al PSUV [...] El descontento o las críticas se han expresado también en un voto dirigido a organizaciones distintas del PSUV, sobre todo el PCV. En los días siguientes a las elecciones se lanzaron señales contradictorias. Por un lado, Chávez predica el diálogo y la apertura hacia la oposición. Por otro, militantes del PSUV piden una "rectificación" en el sentido de una profundización del proceso" 11.

Es importante también señalar que el panorama de la oposición ha evolucionado mucho: se puede afirmar incluso, como hace el marxista Manuel Sutherland, que Capriles Radonski, candidato de la oligarquía y del imperialismo, es en cierta manera un "perdedor vencedor" 12. El candidato de la MUD (Mesa de la Unidad Democrática), amplia coalición de una treintena de organizaciones (desde grupúsculos ex–maoístas a la extrema derecha), consiguió imponerse en las primarias frente a los grandes partidos históricos del "antiguo régimen": COPEI (demócrata-cristiano) y Acción Democrática (socialdemócrata). Treintañero, procedente de la gran burguesía, dirigente de Primero Justicia (nuevo partido creado en 2000 con el apoyo de ultraconservadores estadounidenses) y muy activo durante el golpe de Estado de 2002, Capriles ganó en buena medida su desafío: imponiendo su estrategia, ha conseguido también rejuvenecer y dinamizar la imagen de la oposición, ha triunfado con brío en muchos mítines en todo el país. Todo esto lejos de la histeria semi-fascista de los años anteriores, llegando a hacer una campaña de propaganda con tonalidades de centro-izquierda, "humanista", proclamándose cercano a Lula y vinculado al progreso social... al mismo tiempo que proponía un programa violentamente neoliberal13. Conclusión de Sutherland: "Capriles Radonski ha dado claramente la impresión de ser un rival que se prepara para tomar el poder a mediano plazo (2018), en un contexto electoral más favorable, esto es, en el momento en que el deterioro de la popularidad del chavismo como consecuencia del aumento de los problemas de la sociedad venezolana (inseguridad, elevado coste de la vida, paro, etc.) será determinante. Si las actuales tendencias electorales continúan evolucionando en estas direcciones por los dos campos, Capriles bien podría ser el próximo y más neoliberal presidente de Venezuela".

Las elecciones regionales (elección de gobernadores y de parlamentos federados) de mediados de diciembre serán sin duda una nueva prueba para el campo bolivariano. Ya se siente cierto malestar en el seno del chavismo militante, frente a los candidatos escogidos, todos nombrados "por arriba", y frente a los representantes de la dirección burocrática de un PSUV cada vez más alejado de su base, que proceden directamente del poder militar que rodea al presidente. Por ejemplo, en el Estado de Bolívar se encuentra Francisco Rangel Gómez, que aspira a una segunda reelección, a pesar de ser conocido por su feroz

oposición feroz contra los obreros de SIDOR en el 2008; y en el Estado de Lara, el ex–gobernador y militar Luís Reyes Reyes sigue llevando los colores bolivarianos, aunque ha sido acusado por muchos movimientos sociales de ser responsable, en el pasado de violaciones a los derechos humanos.

A pesar de todo, y a pesar de este panorama abiertamente crítico (que nos parece indispensable a la hora de expresar nuestro internacionalismo tanto frente a la intensa campaña mediática antichavista14 como frente a las oligarquías del sur y del norte), el pueblo bolivariano (y sus luchas) sigue vivo, dinámico, rebelde, dispuesto a sublevarse. El proceso no está muerto, ni mucho menos. Basta con recorrer los "ranchos" de las grandes ciudades, las calles de Caracas, las fábricas de Ciudad Guyana o el interior del país para darse cuenta. El "proyecto alternativo en tensión", según denominación del politólogo y altermundista Edgardo Lander, sigue siendo un dato central de las coordenadas políticas de la actual Venezuela. Este proyecto, atravesado por una "tensión entre el control desde arriba y la autonomía por la base", ha cristalizado en torno a la noción medular del conjunto del discurso político bolivariano: el "pueblo soberano" 15. De éste dependerán precisamente los próximos meses. Según el editorialista de La Jornada, Guillermo Almeyra: "Quienes votan por Chávez no están ciegos frente a los problemas de la corrupción, del verticalismo, del burocratismo, de la dirección militar de un proceso que exige, por el contrario, la más amplia participación decisiva de la población, la discusión abierta de las distintas opciones posibles para resolver los grandes problemas, el control popular de las realizaciones y de las instituciones gubernamentales". Y añade: "En lugar de presentar una candidatura independiente y antichavista, como la del combativo sindicalista Orlando Chirino, separando a los socialistas de los chavistas, la izquierda revolucionaria habría debido trabajar junto a los chavistas partidarios del socialismo para reforzar la autoorganización de los trabajadores y, tras la derrota de la derecha, librar batalla en mejores condiciones contra el verticalismo y los burócratas-tecnócratas que esperan la desaparición de Hugo Chávez para controlar el aparato de Estado. Porque las grandes batallas se librarán después del mes de octubre".

Esta opción es compartida, en particular, por Marea Socialista, corriente anticapitalista del PSUV, de quien presentamos una entrevista aquí debajo. Durante las elecciones presidenciales, sus militantes –muy implicados en el movimiento sindical y en una parte del movimiento de jóvenes- lanzaron una campaña en base a las consignas "7 octubre: Chávez presidente; 8 octubre: liberar a la revolución de sus burócratas" y "¡Por un gobierno del pueblo trabajador sin capitalistas!". Se habían reagrupado, en mayo de 2012, en el seno de la APR (Alianza Popular Revolucionaria) intentando construir una movilización bolivariana autónoma, no infeudada en las estructuras del Estado o del PSUV, junto a la organización campesina "Corriente Revolucionaria Bolivar y Zamora", el Movimiento de Pobladores, la Asociación Nacional de Medios de Comunicación Comunitarios Libres y Alternativos (ANMCLA), Surco (colectivo de educación universitaria), organizaciones feministas, etc. Frente a las veleidades, de una parte del gobierno, de conciliación con la oposición o la oligarquía, que parece despuntar en las últimas semanas, estos sectores críticos subrayan que sólo las luchas sociales y la profundización de las conquistas democráticas, de las formas de participación autónoma y un control sobre la economía y sobre el funcionamiento del Estado, la creación de formas de poder popular real, podrán dar un contenido concreto a los llamamientos al "socialismo del siglo XXI". Y comenzar a superar así los obstáculos y contradicciones del proceso bolivariano, sin permitir el retorno de los neoliberales y de los agentes de Washington al país. Se trata de la última oportunidad dentro de esta nueva secuencia política abierta, luego de 13 años en el poder. Y nada indica por ahora que sea la más probable, aunque sea la más deseable desde el punto de vista de los anti–neoliberales consecuentes y de los anticapitalistas.

(noviembre de 2012) – Inprecor, Diciembre 2012, Traducción de Viento Sur, revisión de Rocio Gajardo F.

Michael Löwy, Brasil. La "mosca azul" del poder: el PT de Lula a Dilma

Brasil es un país inmenso por su población (180 millones de habitantes), por su extensión (la mitad de América Latina) y por sus riquezas naturales. Sin embargo, es un país en el que la mayoría de la población vive en la absoluta miseria. En efecto, en una reciente clasificación internacional de las Naciones Unidas, Brasil aparece como uno de los países del planeta en que impera la mayor desigualdad, un país en el que la distancia entre la minoría privilegiada y la mayoría depauperada es una de las más grandes del mundo. Según ciertos observadores, Brasil es una especie de "Suizindia", donde los ricos viven como en Suiza y los pobres como en India...

[...]

La larga marcha del PT

¿Cómo nació el PT? En 1978, año de grandes huelgas obreras en los arrabales de São Paulo, varios dirigentes sindicales "auténticos" comienzan a propagar la idea de un partido autónomo de los trabajadores, probablemente a partir de una reflexión sobre la experiencia de la propia huelga, de su enfrentamiento con el aparato policiaco-militar del Estado y, en el caso de algunos de ellos, de un primer balance de las luchas sociales de la historia reciente del país (desde 1964). En octubre de 1979 tiene lugar el primer Encuentro Nacional del PT en São Bernardo do Campo, bastión proletario del sindicato del metal, dirigido por Luis Inacio da Silva, "Lula"; se trata concretamente del acto fundacional del nuevo partido, en que se elige su primera dirección provisional. En esta conferencia se aprueba una breve declaración política que afirma claramente el objetivo del PT: "El PT lucha por que todo el poder económico y político sea ejercido directamente por los trabajadores. Es la única manera de poner fin a la explotación y a la opresión". Al mismo tiempo, el documento llama a "todas las fuerzas democráticas a constituir un amplio frente de masas contra el régimen dictatorial". El PT se propone además luchar por la creación de una Central Única de los Trabajadores, subrayando que "su construcción pasa necesariamente por la supresión de la actual estructura sindical sometida al Estado".

En abril-mayo de 1980 estalla la gran huelga de 250.000 trabajadores del metal de São Bernardo; tras la intervención de la policía y el ejército –detención de los principales dirigentes, militarización del sindicato–, el movimiento cesa, pero ha demostrado, tanto por su extraordinaria duración (42 días) como por su capacidad de organización masiva (mítines cotidianos de decenas de miles de trabajadores), la fuerza sorprendente del nuevo sindicalismo, cuya vanguardia participaba en la creación del PT. En mayo-junio de ese año se reúne una nueva Conferencia Nacional del PT, con delegados de 22 Estados de Brasil en representación de unos 30.000 miembros del partido. Se aprueba un Manifiesto y un Programa que califican al PT de "expresión política real de todos los explotados por el sistema capitalista" y de partido de masas, amplio, abierto y democrático. De todos modos, el PT todavía está lejos de tener una "doctrina" elaborada: muchas cuestiones y definiciones programáticas se mantienen deliberadamente abiertas para permitir un debate más amplio y una "maduración" progresiva del conjunto de militantes. En su séptimo Encuentro Nacional, en 1990, el PT aprueba un documento que recopila y sistematiza, tras un largo debate interno, su concepción del socialismo:

"El socialismo que queremos construir solamente se hará realidad si se instaura una verdadera democracia económica. Por tanto, deberá organizarse en torno a la propiedad social de los medios de producción –que no debe confundirse con la propiedad estatal–, que adoptará las formas que determine democráticamente la sociedad... Esta democracia económica debe superar la lógica perversa del mercado capitalista, al igual que la de la dirección autocrática del Estado que impera en numerosas economías pretendidamente 'socialistas'; sus prioridades y sus objetivos deberán someterse a la voluntad social y no a supuestos 'intereses estratégicos' del Estado. Nuestro compromiso por la democracia nos convierte en militantes anticapitalistas, opción que ha marcado profundamente nuestra lucha por la democracia. El descubrimiento (empírico, antes que teórico, para muchos de nosotros) de la perversidad estructural del capitalismo ha constituido, para la mayoría de militantes del PT, un estímulo muy fuerte para organizarse en un partido político. Hemos representado y seguimos representando una respuesta indignada al sufrimiento inútil de millones de individuos que se deriva de la lógica de la barbarie capitalista. Nuestra experiencia histórica concreta –la otra cara de la moneda del 'milagro brasileño' y de otras muchas situaciones nacionales o internacionales trágicas– nos ha enseñado que el capitalismo, independientemente de su fuerza material, es injusto por naturaleza, que margina a millones de personas y se opone al reparto fraternal de la riqueza social, fuente de toda democracia real".

El candidato del PT, Luis Inacio "Lula" da Silva, pierde las elecciones presidenciales de 1988, 1994 y 1998, derrotado por candidatos de la burguesía neoliberal (Collor de Mello y después Cardoso). Pese a estas derrotas, el PT gana algunos ayuntamientos importantes del país e incluso el Gobierno de ciertos Estados que componen la federación. Y en las localidades que gestiona pone en práctica formas de democracia de base, como el famoso "presupuesto participativo". Sin embargo, al mismo tiempo se produce una institucionalización del partido y, a partir de mediados de la década de 1990, una tendencia cada vez más fuerte, dentro de la corriente mayoritaria del PT, al pragmatismo y a la "desradicalización" política y programática. El programa socialista de 1990 acaba en un estante y la dirección del partido se acerca cada vez más a la socialdemocracia, pese a la oposición de las corrientes de izquierda, en particular de "Democracia Socialista", tendencia del PT afiliada a la IV Internacional, dirigida por Raul Pont, alcalde de Porto Alegre. Las derrotas electorales convencen a Lula de la necesidad de cambiar de estrategia. En 2002 impondrá a un PT reticente una amplia política de alianzas con fuerzas burguesas, eligiendo como compañero de candidatura y aspirante a la vicepresidencia a un industrial, José Alencar, dirigente del Partido Liberal (derecha). Saldrá elegido en la segunda vuelta, con más del 61 % de los votos, frente a José Serra, el candidato del PSDB apoyado por Cardoso.

En el Gobierno… social-liberal

La victoria de Lula en las elecciones de 2002 provoca, entre los pobres y oprimidos de Brasil, una inmensa esperanza de cambio. Sin embargo, cinco años después, lo menos que se podrá decir es que el cambio no se habrá cumplido: el balance es globalmente negativo... Una anécdota corre por las calles de São Paulo: el primer mandato de Cardoso estuvo bien, el segundo fue un fracaso y el tercero es bastante mediocre... En otras palabras: más que un gran cambio, hemos tenido derecho a la continuidad de las políticas económicas anteriores. Claro que no todo es negativo en el mandato de Lula: gracias al programa "Hambre Cero" y otros programas sociales se han distribuido miles de millones de dólares entre los más pobres en concepto de ayudas diversas (ayuda alimentaria, becas escolares, etc.). Pero en lo esencial, es decir, en las políticas macroeconómicas neoliberales, no se ha salido del marco establecido por sus predecesores. El símbolo de esta continuidad es el presidente del todopoderoso Banco Central, que fija los tipos de interés y la política monetaria del país. Se trata de Henrique Meirelles, senador por el partido de Cardoso (el PSDB) y exdirector del Boston Bank... Es el hombre de confianza del capital financiero internacional y cuenta con el apoyo absoluto del presidente, quien ha impuesto, como una "medida provisional", que adquiera la condición de ministro y se ponga a salvo de este modo de ciertas investigaciones de la justicia por malversaciones de fondos.

Esta ortodoxia neoliberal se traduce en la práctica en la subordinación a las exigencias del FMI, la generación de un excedente enorme que permita pagar la deuda externa e interna, unos tipos de interés elevados para atraer inversiones flotantes, la reforma liberal del sistema de pensiones, la subvención masiva de la agroindustria orientada a la exportación a expensas de la agricultura familiar y la apertura del país a los organismos genéticamente modificados (OGM) de Monsanto. Sin hablar ya de los diversos escándalos de corrupción, con implicación de miembros del Gobierno y de dirigentes o diputados del PT, el (hasta entonces) último de los cuales –el llamado caso de las "sanguijuelas" (sobrefacturación de servicios de ambulancia)– suscitó la indignación de la opinión pública (2006). Podemos calificar la política de Lula y su Gobierno de social-liberal. El social-liberalismo no es idéntico al neoliberalismo, sino que mantiene ciertas preocupaciones sociales, trata de mejorar un poco la suerte de los más pobres y prefiere dialogar con los movimientos sociales –o integrarlos– en vez de reprimirlos. Pero en cuanto a los fundamentos esenciales de la política económica, no hay ninguna diferencia sustancial. Y en algunas cuestiones –las pensiones, por ejemplo– es capaz de imponer políticas neoliberales que la derecha no había logrado aplicar debido a la oposición… del PT. Un ejemplo ilustra la lógica del social-liberalismo: el 10 % del presupuesto de ayuda a la agricultura se ha distribuido entre millones de familias de la pequeña producción agraria –responsable de la mayoría de cultivos

alimentarios del país–, mientras que el 90 % ha ido a parar a las arcas de un puñado de grandes propietarios de la agroindustria capitalista que produce para la exportación (soja, maíz, ganado bovino).

En 2003, tres diputados y la senadora Heloísa Helena son expulsados del PT por haber votado en contra de la reforma neoliberal de las pensiones. Esto les lleva a formar un nuevo partido, el P-SOL, Partido del Socialismo y la Libertad, que se reclama del programa originario, socialista y democrático, del PT. Este partido atrae a grupos de origen trotskista, a militantes socialistas cristianos como Plinio de Arruda Sampaio, uno de los intelectuales cristianos más conocidos del país, autor de un proyecto de reforma agraria apoyado por el MST, de cierto número de sindicalistas e intelectuales de izquierda conocidos, como Carlos Nelson Coutinho, Leandro Konder, Chico de Oliveira o Ricardo Antunes. Los militantes del P-SOL proceden en gran parte de las corrientes de izquierda del PT, pero la mayoría de los partidarios de estas tendencias –en particular la gran mayoría de la corriente "Democracia Socialista"– han permanecido en el PT y en el Gobierno. Critican hasta cierto punto la política neoliberal de Lula, pero siguen siendo prisioneros de la solidaridad gubernamental. Decir que el Gobierno de Lula es social-liberal significa asimismo que no ha abordado la "fractura social", la gigantesca desigualdad que existe en el país entre la oligarquía propietaria y la masa de desheredados. El presidente y la mayoría de sus ministros, tanto del PT como de los demás partidos de la coalición mayoritaria, comparten la convicción de que no hay ninguna política económica alternativa al statu quo neoliberal, es decir, al "Consenso de Washington". Es cierto que, al comienzo, algunos ministros o altos funcionarios han seguido una orientación más autónoma, centrada en el desarrollo nacional, el mercado interior, la defensa de la industria brasileña, pero el principal representante de esta tendencia "desarrollista", Carlos Lessa, director de la importante Banca Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), se ha visto obligado a dimitir.

Críticas de Frei Betto

Entre quienes han dejado el gobierno se halla asimismo Frei Betto, el teólogo de la liberación que fue uno de los animadores del programa "Hambre Cero" y que se explica al respecto en una interesante obra que hace un lúcido balance de su experiencia y del propio Gobierno (Frei Betto, La mosca azul. Reflexión sobre el poder en Brasil, Ocean Sur, Coyoacán 2010). Fraile dominicano, encarcelado durante cinco años (1969-1974) bajo la dictadura militar por haber ocultado a militantes revolucionarios, Frei Betto se convirtió posteriormente en uno de los principales animadores de las pastorales obreras y comunidades eclesiásticas de base. Amigo personal de Lula desde finales de la década de 1970, cuando el sindicalista de São Bernardo organizaba las grandes huelgas que sacudieron al régimen militar, será un fiel "compañero de viaje" del Partido de los Trabajadores. "Si no me he adherido", explica con ironía, "es porque temía que los partidos reprodujeran los vicios de las iglesias…". Durante aquellos primeros años, el PT tenía –recuerda con punzante nostalgia–coherencia ideológica y principios éticos, así como un objetivo estratégico: los trabajadores al poder, la construcción del socialismo. "Todavía conocí el PT del trabajo de base, del sueño socialista, del orgullo de ser de izquierda, de la lucha por la reforma agraria y contra el pago de la deuda externa." Paulatinamente, a lo largo de la década de 1990 estos colores fueron perdiendo viveza y el PT se distanció tanto de los movimientos sociales como de sus objetivos iniciales, para apostar por las posiciones de poder institucional. Betto atribuye este cambio en gran parte a la caída del muro de Berlín, que según él oscureció el horizonte utópico del PT y de su perspectiva socialista. Este es el único argumento que me parece discutible en el libro: de hecho, la mayoría de los cuadros del PT –con sus distintas sensibilidades– no situaban su referencia ideológica central en el país del pretendido "socialismo real". Además, en 1990, un año después de la caída del muro, el PT aprobó en su congreso un documento, "El socialismo petista", que reafirma de la manera más categórica el compromiso anticapitalista y socialista del partido.

En todo caso, Frei Betto, al igual que la gran mayoría de la población brasileña, y de los militantes o simpatizantes del PT en particular, se entusiasmó enormemente con la victoria de Lula en las elecciones de 2002. Por eso aceptó animar, junto con otro amigo de Lula, Oded Grajew, la movilización social en el marco de la iniciativa emblemática del nuevo Gobierno, el programa "Hambre Cero". Dos años más tarde, desencantado, dimitió: "Cuando me di cuenta", escribe, que "el barco no seguía el rumbo previsto, sino que iba en dirección contraria, y no tuve otra opción que abandonar mi equipaje y tirarme al agua…". Es verdad que este Gobierno planteó algunas políticas sociales novedosas, pero en lo esencial ha sido rehén de las élites dominantes y de los mercados financieros. Betto no quiere abrumar a Lula, sino que se limita a una sobria constatación: si en el sindicato había demostrado que uno se puede integrar en una estructura viciada sin dejarse cooptar, en el Gobierno no lo había logrado. Poco después del cese de Betto del Gobierno estallaba el escándalo de las finanzas ocultas del PT: "Un pequeño núcleo dirigente del PT ha conseguido en pocos años lo que la derecha no había logrado en varios decenios, ni siquiera en los años tenebrosos de la dictadura: desmoralizar a la izquierda". Pero para Betto, peor aún que la corrupción fue observar cómo el miedo a los dictados del mercado financiero vencía a la esperanza.

¿Qué ha ocurrido? La sed de poder –la "mosca azul" del título de su libro, cuya picadura es peligrosa– y la adaptación a la religión del mercado han provocado la pérdida de perspectiva estratégica y la visión del horizonte histórico. La mística se ha convertido en tramoya. El poder ha dejado de ser un instrumento de cambio social para devenir –como había previsto Robert Michels en su clásico estudio sobre los partidos de masas, Los partidos políticos, Amorrortu, 2010– un fin en sí mismo. Y los dirigentes políticos, a lomos del poder, se han vuelto amnésicos, huyendo de sus propias palabras anteriores como el diablo de la cruz. En uno de los más contundentes comentarios del libro, Betto observa: "La política deviene mezquina cuando pierde de vista el horizonte utópico".

Lula bis y Dilma Roussef

¿Qué sucedió en las elecciones presidenciales de 2006? La decepción popular impidió que Lula saliera elegido en la primera vuelta. En la campaña de la segunda vuelta, Lula "izquierdizó" un poco su discurso, denunciando los proyectos de privatización de su adversario. Resultó reelegido con un buen margen en la segunda vuelta, obteniendo alrededor del 61 % de los votos frente al 39 % del candidato de la coalición de derechas (PSDB-PFL), Geraldo Alckmin. Más que a una adhesión entusiasta, su triunfo se debió al temor que suscitaba su contrincante, un representante de la derecha neoliberal dura (está en la órbita del Opus Dei), conocido por sus posiciones favorables a EE UU, su política

represiva de criminalización de los movimientos sociales y su adhesión a una política de privatización de las empresas públicas. La candidata del PSOL, Heloísa Helena (vinculada a la IVª Internacional), apoyada por una coalición de izquierdas que incluía al Partido Comunista Brasileño y al Partido Socialista de los Trabajadores Unificado (PSTU, trotskista), obtuvo poco menos del 7 % de los votos (más de seis millones de votantes) en las elecciones de octubre de 2006, y su partido consiguió tres escaños en el Parlamento federal. Un resultado limitado, pero que está lejos de ser insignificante. El PSOL se negó a tomar posición en la segunda vuelta, pero algunos de sus dirigentes llamaron a votar a favor de Lula para parar los pies a la derecha reaccionaria representada por Alckmin. El voto crítico a Lula también fue preconizado por el MST, el movimiento social más importante de Brasil, pese a su profunda decepción con ese Gobierno, que no había cumplido su promesa de llevar a cabo una verdadera reforma agraria.

El segundo mandato de Lula no fue distinto del primero. Lula y sus consejeros económicos no propusieron más que una única solución a los problemas sociales de Brasil: el crecimiento del PIB… Así, hicieron aprobar un Pacto de Crecimiento con el fin de relanzar la producción con ayuda del Estado. Se trata de un enfoque mezquino de las cuestiones económicas y sociales, basado en el conocido dogma liberal: primero hay que agrandar el pastel antes de pensar en repartirlo… Entre los Gobiernos de izquierda o centro-izquierda de América Latina, Lula estaba más próximo al polo moderado, representado por Tabaré Vázquez en Uruguay y Michelle Bachelet en Chile, que al polo antiimperialista, encarnado por Hugo Chávez (Venezuela), Evo Morales (Bolivia) o Rafael Correa (Ecuador), si bien se negó, a diferencia de la presidenta chilena, a firmar un Tratado de Libre Comercio con EE UU. Por otro lado, cabe señalar que hubo cierto acercamiento al Gobierno de Bush en torno al proyecto de sustitución del petróleo por "biocombustibles", es decir, etanol producido a partir de la caña. Se trata de un proyecto peligroso, que tiende a sustituir el cultivo de productos alimenticios por el de caña de azúcar, con consecuencias desastrosas para la alimentación de los sectores populares.

Con el nuevo Gobierno, en el que los ministros procedentes de partidos de centro o de la derecha ocupan posiciones todavía más determinantes que en el anterior, asistimos a un distanciamiento de los movimientos sociales con respecto a Lula. No solo la izquierda radical (PSOL, PSTU) y el MST, sino también la izquierda sindical y otros movimientos sociales acabaron saliendo a protestar contra la política gubernamental. Una de las grandes limitaciones de los diez años de gobierno de Lula fue la ausencia de una verdadera reforma agraria, cuestión central para el futuro de la sociedad brasileña. Según el MST, el Gobierno de Lula, que se había comprometido a distribuir tierras a 450.000 familias campesinas, no llegó a repartir más que a 150.000. Ahora bien, son millones de familias de trabajadores rurales las que esperan, en condiciones sociales cada vez más precarias, una auténtica reforma que acabe con los privilegios insolentes de la oligarquía capitalista rural. Ante la imposibilidad constitucional de presentarse a un tercer mandato, Lula eligió sucesora a su jefa de la Casa Civil –una especie de primera ministra–, Dilma Roussef, que en 2011 fue candidata del PT a las elecciones presidenciales. Militante de la resistencia armada en la época de la dictadura militar –organizó la expropiación de algunos bancos–, fue detenida y torturada y estuvo encarcelada durante tres años. Tras su liberación, Dilma se convirtió en una "tecnócrata de izquierdas" eficaz y pragmática; miembro al principio del Partido Democrático del Trabajo (socialdemócrata) de Leonel Brizola, en 2006 se adhirió al PT. Siendo el brazo derecho de Lula, ayudó a reflotar los bancos que había desvalijado en su juventud rebelde… Elegida en la segunda vuelta frente al candidato del PSDB, José Serra, sucedió por tanto a Lula en la presidencia de Brasil. El PSOL presentó como candidato a Plinio de Arruda Sampaio, figura histórica de la izquierda brasileña, cristiano socialista inspirador de los primeros proyectos de reforma agraria, quien hizo una buena campaña, pero no obtuvo más que el 1 % de los votos… La política del Gobierno de Dilma –sacudido por varios escándalos de corrupción en que han estado envueltos varios ministros, en particular del PMDB, de centro-derecha, que han tenido que dimitir– apenas se diferencia de la de su predecesor. Los programas sociales se mantienen e incluso se refuerzan, pero la orientación general sigue siendo la del "Consenso de Washington". Se ha establecido cierto control sobre los flujos de capitales y la situación económica se ha estabilizado. Las reivindicaciones de los sin tierra de cancelar las deudas que aplastan a los campesinos pobres han caído en saco roto.

Lo más decepcionante es tal vez el balance ecológico: una ley de bosques que favorece la impunidad para los destructores de la selva amazónica y la decisión de llevar a cabo el megaproyecto faraónico de construcción de la presa hidroeléctrica de Belo Monte, que implica la expulsión de los habitantes y la destrucción de una vasta zona arbolada. Los movimientos de defensa de los derechos humanos han obtenido una concesión con la creación de una Comisión de la Verdad, que ha presentado un informe sobre los crímenes de la dictadura, pero sin castigo de los responsables, amparado por la autoamnistía de los militares decretada en 1979. Como ya se ha visto en años anteriores, únicamente la movilización "desde abajo" de los trabajadores, los sin tierra y los sin techo, los jóvenes y las mujeres, los ecologistas y los indígenas, podrá cambiar la relación de fuerzas social y política.

Publicado en F. Gaudichaud (coord), El Volcan latinoamericano, Madrid, Otramérica, 2012 / Traducción: VIENTO SUR

La OPT, una alternativa proletaria frente a la crisis de los partidos.

Edgard Sánchez (*)

El 27 y 28 de agosto se celebró el Congreso Constitutivo de la OPT (Organización Política del Pueblo y los Trabajadores). Concluyó así una fase de varios meses de preparación desde que en octubre de 2010, Martín Esparza, secretario general del SME (Sindicato Mexicano de Electricistas) hiciera pública, ante más de 50 mil asistentes en el mitin del Estadio Azteca, la propuesta de constituir lo que entonces se llamó una agrupación política nacional. A partir del Congreso de la OPT se ha iniciado una nueva fase, ahora de consolidación, afiliación y organización, al mismo tiempo que continúa la lucha de resistencia del SME y el llamado más amplio para organizar a los indignados mexicanos contra la política neoliberal y policiaca del régimen actual.

El Congreso de la OPT se celebró en las instalaciones del SME contando con la presencia de 956 delegados registrados el sábado 27, de los cuales alrededor de 300 provenientes de la elección de trabajadores electricistas, hasta llegar a más de mil 100 delegados registrados el domingo en el acto de presentación de la OPT en el Zócalo de la Ciudad de México.

Siendo la iniciativa para construir la OPT proveniente del SME que está organizado solamente en el centro del país (donde funcionaba la Compañía de Luz y Fuerza del Centro con la que contrataba el SME) es significativo que al llamado llegaron delegados de 22 estados de la República, algunos muy lejanos de la Ciudad de México.

Hacia la independencia política de la clase trabajadora.

Frecuentemente se señala lo novedoso de la iniciativa de la OPT frente a la crisis del sistema de partidos políticos en México, especialmente por el desgaste y fin de ciclo de algunos que gustaban presentarse como la única representación de la izquierda. La importancia del surgimiento de la OPT va más allá de un simple esfuerzo de organización política y más allá de un reagrupamiento de fuerzas de la izquierda socialista, del tipo como la que varios proponíamos hace algunos años, después de la caída del Muro de Berlín. La importancia central resulta del hecho de que la OPT surge de un llamado del sector más combativo de la clase obrera mexicana, los electricistas del SME en lucha y resistencia contra la privatización energética y el desmantelamiento de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro. En primer lugar porque la propuesta llama a pasar de la lucha gremial, es decir sindical, laboral, al terreno de la lucha política. A disputar el poder, a disputar la nación, como frecuentemente han dicho en sus discursos los dirigentes del SME y por eso la propuesta de crear una organización política. Y en segundo lugar, a crear una organización política de los trabajadores, desde la fuerza sindical que el SME representa pero para incluir también a otras fuerzas del movimiento obrero, sindical y popular. "Y venga, y venga, que aquí se está formando el movimiento obrero" es la consigna más frecuente de los electricistas en las asambleas de la OPT.

La iniciativa de conformar una organización política del pueblo trabajador apunta a llenar un vacío histórico en México: la falta de independencia política de la clase trabajadora al no contar con su propia representación, su propio partido y habiendo estado históricamente atada corporativamente, por medio de la afiliación masiva y obligatoria de los sindicatos al PRI, a un partido burgués y por tanto defensor del sistema capitalista. Desde un principio dijimos que el valor de la iniciativa del SME estriba en que apunta hacia la creación de lo que, en la experiencia internacional del movimiento obrero, se conoce como un partido de los trabajadores. Es cierto que siempre han existido organizaciones de la izquierda socialista que se reivindican de los intereses de la clase trabajadora, entre ellos el PRT y otros más, pero con la OPT se va más allá de un reagrupamiento de la izquierda y apunta hacia la conformación de un amplio partido de los trabajadores, un partido de la clase trabajadora que ofrezca una alternativa propia a los trabajadores de otros sindicatos que se encuentran corporativizados por el PRI.

Es cierto que la OPT no surge en un momento de ascenso y triunfos de la clase obrera y que no organiza todavía a la mayoría de la clase trabajadora. La fuerza sindical del SME que continúa la resistencia agrupa a alrededor de 16 mil trabajadores de los más de 40 mil despedidos en octubre del 2009, pero es una fuerza significativa y ejemplo y polo de atracción para trabajadores de otros sindicatos, como lo es ya con el magisterio o los mineros. Pero tampoco se trata de un movimiento derrotado, aunque no se haya podido revertir completamente el golpe que significa este despido masivo. Lo significativo es que la lucha del SME es una referencia y columna vertebral de las resistencias que pese a todo continúan dándose contra la política neoliberal y la militarización del régimen actual. Aunque la OPT no surja en un momento de ascenso y triunfos del movimiento obrero, el que nazca bajo la dirección del SME que encabeza la resistencia actual, en un momento muy agudo de la lucha de clases, también influye en su contenido político. El PT de Brasil, surgido a convocatoria de fuerzas sindicales cono las de los metalúrgicos, nace en medio de ciertas luchas victoriosas, pero su llegada al gobierno le marca en una línea social liberal, de administración del capitalismo neoliberal. Obviamente hay muchos elementos políticos más por lo que las condiciones de origen no son determinantes ni en un sentido ni en otro para la evolución de una organización de esta naturaleza. Pero en todo caso, el proceso de radicalización y confrontación con las líneas más reaccionarias, privatizadoras y pro capitalistas representadas por el calderonismo en que el SME ha tenido que dar su lucha hasta llegar a la creación de la OPT, no dan mucho margen o posibilidades de ilusiones en políticas conciliadoras como las que hoy son hegemónicas en la izquierda institucional (tipo las alianzas del PRD con el PAN o la búsqueda de gobiernos de coalición con la derecha).

[...]

Un futuro inmediato con muchos retos.

Si la OPT sorteó exitosamente su constitución, tiene por delante ahora importantes retos políticos. La integración ha sido incluyente políticamente. Ahora debe consolidarse en su base social y extenderla ésta hacia militantes en nuevos movimientos sociales en lucha. La afiliación y organización de base, en este caso, es impulsada desde la coordinación y dirección centrales de la OPT y no podría ser de otro modo. Muchas iniciativas van surgiendo para organizar la militancia de la OPT además de territorialmente por sectores en lucha, desde iniciativa sindicales, que pretenden impulsar una central unitaria de trabajadores, hasta iniciativas para el movimiento estudiantil, el campesinado o en relación a las mujeres. En un sentido más amplio, están los esfuerzos unitarios, en la lógica de un frente amplio de lucha y opositor, antineoliberal, que pueda articular también a los indignados mexicanos.

En el marco de la crisis de todo el sistema de partidos políticos en México, la OPT surge como una alternativa proletaria muy promisoria pero también con muchos retos y dificultades, ligada a la suerte del movimiento obrero en lucha hoy en día, en primer lugar del propio SME.

Desde el Congreso Extraordinario del PRT, de julio del 2009, señalamos que hemos entrado una fase en que la crisis política llevaría a un reacomodo de todas las fuerzas políticas, "a la inminencia de un reajuste, reacomodo o recomposición del escenario político-electoral y partidario como en 1976 o en 1988"(6). Un año después, en el XII Congreso Ordinario, agregamos que "en esos reacomodos, nuevas formaciones o partidos políticos pueden surgir y otros desaparecer -práctica o virtualmente- como en anteriores crisis y reacomodos". La formación de la OPT en agosto pasado es una confirmación de esa crisis en que surgirán y desaparecerán partidos. Por su lado, López Obrador ha llamado a transformar MORENA en

asociación civil, probablemente como un paso más hacia la formación de un nuevo partido político como sugiere la convocatoria al Congreso de MORENA para noviembre del 2012, es decir después de las elecciones. El deslinde y fin de ciclo del PRD continúa con este nuevo paso de López Obrador. Pero lo que parece interesante como frente opositor o bloque social alternativo que es MORENA hoy, mañana como partido será una reedición de un partido pluriclasista antineoliberal. En ese contexto es que el surgimiento de la OPT resalta por su definición clasista, como el partido amplio de los trabajadores, que ahora deberá afinar su posición para ser parte de un amplio bloque social opositor a la oligarquía en un momento clave que puede sacar a la mafia neoliberal del gobierno.

Pero indudablemente que un reto ineludible que habrá de resolver la OPT muy pronto, quizá antes de los tiempos fijados en el Congreso fundacional, es la posición a tomar frente a la sucesión presidencial en un contexto de descomposición social y política, marcado por la violencia impuesto por la política de militarización del gobierno de Calderón y su pretendida "guerra contra el narcotráfico". Probablemente hay que esperar también a resolver la fase actual de lucha del SME en la búsqueda de la reinserción laboral para los compañeros del sindicato que han sostenido la resistencia estos años, antes de tomar definiciones precisas, pero creo que éstas no podrían sustituirse por un llamado abstracto a un "candidato único". Unico, entre quiénes? No es posible equiparar, poner signo de igualdad entre las diversas opciones políticas y precandidaturas en juego hoy en día y esperar a ver quién está "mejor posicionado". Para la OPT su definición no debe ser en términos mercadotécnicos, sino en base a criterios políticos por lo que cada opción representa y las posibilidades políticas que representa. No es lo mismo, por ejemplo, Marcelo Ebrard o López Obrador. En la perspectiva de sacar del gobierno a los neoliberales responsables de este desastre, a los representantes de la oligarquía contra la cual luchamos, sean del PAN o del PRI, y las posibilidades de confrontación, tampoco es lo mismo definir qué alianza es la que permite eso que una candidatura sin registro, de tipo testimonial o de propaganda -incluso de nuestra propia organización- que en otro momento puede ser útil, pero no en un momento de crisis y confrontación como el actual.

Seguramente que, como se mostró en el Congreso fundacional, la OPT logrará mantener el carácter de una organización partidaria propia de los trabajadores y la flexibilidad necesaria para impulsar un frente o bloque antioligárquico exitoso.

(*) Dirigente del PRT e integrante de la Comisión Ejecutiva Nacional de la OPT.

Pedro Campos, Cuba. Una batalla estratégica por el futuro del socialismo.

Hay algo que está muy claro: el gobierno actual del General Raúl Castro está tomando medidas sin salirse del tradicional esquema del "socialismo de estado", para tratar de hacerlo más eficiente, más productivo, "rectificar" errores del anterior, que "es el mismo; pero no es igual", relacionados con la falta de estímulos a la producción en general y de la campesina en particular, las plantillas infladas para mantener alto nivel de "empleo", los enormes subsidios estatales, los cuentapropistas, el tratamiento a los disidentes, las relaciones con el capital internacional y, específicamente, buscar la manera de desmontar o aligerar el bloqueo imperialista que impide al estado cubano beneficiarse economicamente de las ventajas de un intercambio comercial bilateral amplio con su vecino y enemigo histórico: EE.UU. El Presidente ha sido muy claro: se propone perfeccionar, actualizar lo que hasta hace algunos años venía encabezando su hermano, no cambiarlo y para ello tenía que remover a la mayoria de los cuadros de primer nivel que respondían a los anteriores esquemas y algunos de los viejos métodos. Algo así como pasar la acción interna del estado de un idealismo distributivo a un pragmatismo económico, rompiendo, objetivamente, el inmovilismo anterior.

De ahí las criticas oficiales al estado paternalista, las negociaciones con la Iglesia católica, una cierta tolerancia a las criticas sean desde posiciones revolucionarias o adversarias sin una represión abierta, reconocimiento a la diversidad sexual, una politica cultural relativamente más abierta y otras, mientras no comprometan el control del poder político en manos de la dirección histórica.

Ésta, impedida de aceptar públicamente otras explicaciones que no sean el bloqueo imperialista y la indiferencia y los desvíos de recursos estatales por los trabajadores, a los graves problemas que enfrentan la economía y la sociedad cubanas, debido a su propia responsabilidad con lo acontecido y a la falta de evolución de su pensamiento político, no puede asumir otra cosa que ese "perfeccionamiento" o "actualización" de sus políticas estadocéntricas anteriores. Se sabe: este tipo de "socialismo", que encubre un capitalismo monopolista de estado y genera corrupción por su propia naturaleza burocrática, nunca ha sido capaz de desarrollar una economía solida que satisfaga las necesidades materiales y espirituales de las mayorías y solo lo ha logrado en parte e inestablemente, gracias a los grandes subsidios externos. Primero fue la masiva y prolongada ayuda soviética desaparecida y luego la de Venezuela a cambio de servicios médicos y técnicos, la que le permitió un cierto, pero siempre limitado respiro, que las circunstancias económicas y políticas en el hermano país no posibilitan seguir ampliando. Es comprensible que, en estas condiciones, el "socialismo de estado" cubano busque sobrevivir en el reacomodo de sus deterioradas relaciones con el capital internacional y los países capitalistas más desarrollados, especialmente con EE.UU., dada la descapitalización sufrida en los años de Período Especial y su incapacidad para hacer funcionar la economía.

La necesidad de demostrar que el sistema "sirve", consolidar el apoyo de importantes sectores al gobierno, disminuir las presiones internas y externas y buscar beneficios en la entrada del capital internacional, son las principales motivaciones al presente conjunto de medidas económicas y políticas. Y, desde luego, lo que están haciendo presentaría aristas que podrían ser positivas para el pueblo cubano en las circunstancias actuales. Si se produce una amplia apertura al trabajo por cuenta propia y disminuyen las actuales restricciones, muchos serán beneficiados. Si a pesar de los errores en su concepción, la destrucción de muchas Unidades Básica de Producción Cooperativas y la corrupción en su ejecución, se lograra que el decreto 259 haga producir al menos una parte de la tierra improductiva, muchos habrán encontrado una nueva forma de vida y habría más alimentos para la población. Si se alcanza a consolidar la tolerancia y el respeto a la oposición pacífica y a las diferencias

entre los propios revolucionarios y comunistas, las tensiones internas en la sociedad se relajarían, cosa que conviene a todos. Si se permite una liberación del mercado interno, muchos cubanos podrán vender sus producciones, hoy vedadas; ya se aprobó la reapertura de puntos para venta de productos agrícolas que rompe el monopolio pretendido por algunos Ministerios. Si se estabiliza una disminuación de las tensiones con EE.UU. y una limitación a las restricciones del intercambio de todo tipo, muchos cubanos podrían ser beneficiados economicamente y existirían menos excusas a las políticas internas de mano dura.

Pero, evidente, para muchos de nosotros esto, que todo viene condicionado, sesgado, concebido y aplicado por medios y métodos burocráticos, es insuficiente y algunas de las medidas que se impulsan, las consideramos contraproducentes, pues si bien podrían servir para consolidar el "socialismo de estado" a corto plazo, a mediano se estarían creando las condiciones para que pase aquí algo parecido a lo ocurrido en Rusia o en China y terminemos con un predominante capitalismo privado preñado de inversiones extranjeras y capitalistas nacionales. La aprobación de explotar trabajo asalariado por los privados, de permitirse en amplia escala, podría generar la reproducción ampliada de los pequeños negocios y abrir espacios al capialismo medio. Habría que estudiar qué se haría con los cubanos de afuera interesados en invertir en esos negocios y ayudar a sus familiares. El estado encontrará aliados y dividendos en el capital internacional, en la explotación común con él del "capital humano cubano", pero el elevado costo social y político, a mediano plazo, lo pagarían el pueblo y el futuro del socialismo. No tenemos dudas de que el imperialismo, especialmente el norteamericano y sus compañías, tratarán de aprovecharse de esta coyuntura, para sentar las bases de su penetración estratégica en la Isla. Algunas medidas del gobierno podrían favorecer claramente esta posibilidad, como la intención de alentar la inversión directa extranjera, la creación de 16 campos de golfo con residenciales exclusivos para millonarios y la extensión de la propiedad para extranjeros de 50 a 99 años. Esto último no cuenta con muchas simpatías entre los revolucionarios cubanos.

Que los gobiernos de Washington y La Habana den pasos para mejorar sus relaciones, es positivo. Están las gestiones que realiza la Iglesia Católica Cubana ante Washington, la reciente visita del Gobernador Bill Richardson a Cuba que trató el caso del "contratista" retenido en Cuba, algunas medidas que alivian la situación carcelaria de nuestros 5 compañeros antiterroritas presos en EE.UU., los cambios de funcionarios en el Dpto. de Estado que tienen que ver con Cuba, las medidas anunciadas por el gobierno de Obama para ampliar las visitas de norteamericanos, las discusiones en el Congreso para eliminar la prohibición de viajes a los turistas estadounidenses y otras que sería largo enumerar. El criminal bloqueo imperialista debe ser levantado en forma completa e incondicional y debería aprovecharse el intercambio imprescindible con el mundo capitalista, pero preferiblemente con inversiones indirectas y créditos extranjeros que conpensen nuestras necesidades consensuadas, racionales y precisadas por una economía que administren democraticamente los trabajadores. Pero, para muchos cubanos las medidas que posibiliten la amplia entrada de capitales, inversiones directas y turistas norteamericanos, solo en función de los intereses definidos desde la burocracia, con decisiones desde arriba, sin concenso nacional ni la aprobación de los trabajadores, ni del pueblo, comportan peligros para nuestra biodiversidad, nuestros ecosistemas, nuestra soberanía, nuestra cultura, el desarrollo de una economía sana y verdaderamente socialista y, especialmente, para nuestra seguridad nacional.

Nadie debe olvidar que uno de los pretextos usados por el imperialismo para sus intervenciones fue "proteger vidas y haciendas de ciudadanos norteamericanos".

Mientras Fidel esté vivo, el sector mercantilista y procapitalista –corrupto- de la burocracia evitaría un cambio demasiado abierto hacia el capitalismo privado que tales medidas podrían estimular. Si ese sector llegara a imponerse definitivamente en la lucha actual, preservaría la imagen de los lideres históricos hasta que, desaparecidos, la bachata y el reparto de la piñata se abra paso y aquellos queden como Mao, presidiendo la Plaza, venerado pero olvidado en lo que intentaron como práctica socialista, cuando no estigmatizados y satanizados.

¿Que ese final no es lo que quiere una parte importante de los revolucionarios y el pueblo, que muchos queremos otra cosa, otro socialismo, algunas de estas medidas sí y otras no; pero también otras de las que no se habla, como amplia apertura al cooperativismo, la entrega de la administración de las empresas estatales a los colectivos de trabajadores, una amplia reforma democratizadora del sistema electoral, una verdadera democratización del Partido Comunista y la sociedad, el respeto a todos los derechos humanos, incluidos los civiles, políticos y económicos y no solo a una parte de ellos, un amplio acceso a internet, cambios en la ley migratoria que preserve los derechos ciudadanos y disminuya los costos de los trámites, y políticas y leyes concretas que garanticen el respeto a la diversidad cultural, política, racial, sexual y otras que hemos estado demandando? Sí, desde luego; pero el poder real hoy no está socializado, ni el sistema político actual posibilita que estas posiciones puedan llegar a ser las determinantes.

Con el actual sistema de control absoluto del poder, del estado y de los medios nacionales de divulgación por un grupo sectario, nuestras posibilidades están limitadas a dar la batalla dentro del partido, en las discusiones que se posibilitan, en los limitados espacios de debate que existen como la Revista Temas, en internet limitadamente, en la promoción del diálogo intrarrevolucionario y con toda la sociedad, con la denuncia de lo que creemos pernicioso para el futuro del socialismo y con la divulgación de nuestras ideas de acuerdo con nuestras menguadas posibilidades. Para ello aprovechamos todos los resquicios del sistema estatista, luchamos porque nuestras ideas calen en la mayor cantidad de personas, movilizamos a los que están a nuestro alcance para tratar de influir en todas las esferas de la sociedad, incluida la propia burocracia, realizamos acciones de propaganda pública y otras por el estilo, todo desde el respeto a los demás, desde la no violencia. De ahí nuestra lucha por la democratización del sistema. No hay dudas, en Cuba, un amplio sector del Partido, de los trabajadores, de la intelectualidad, del campesinado y del pueblo en general, especialmente su juventud, ha ido tomando concincia de su realidad y poco a poco ha ido conformando una nueva forma de pensar el socialismo que incluye un amplio abanico de posiciones todas antimperialistas y anticapitalistas, todas más abiertas y pluralistas que, como se ha señalado en anteriores artículos, involucra amplios segmentos y visiones revolucionarias que van desde posiciones social-demócratas y religiosas de diverso tipo, pasando por ecologistas, socialistas, comunistas, trotskistas, guevaristas, gramscianas, anarquistas, autogestionarias, comunitarias, libertarias, homosexuales, etc., hasta las más radicales de izquierda, que abogan por un socialismo más democrático y participativo, donde

el poder real de los trabajadores y el pueblo se haga directo y efectivo sobre las decisiones de todo tipo.

Este sector que crece sistemáticamente, no acepta el regreso al pasado capitalista-dependiente de EE.UU., pero tampoco desea continuar con el actual sistema estatalista. Los partidarios del inmovilismo, no lo comprenden, no lo pueden comprender y sin argumentos hacen falsas acusaciones contra sus posiciones. Esta amplia izquierda desea que se le escuche, un intercambio sano de criterios, un diálogo sin exlusiones y sin sectarismos, que no se cansa de solicitar. Muchos quisieran que la revolución avance a una fase superior, no que termine en el olvido o satanizada. Algunos, ante tanta intolerancia del estado, no quieren ya ni dialogar, tratan de ignorar que el gobierno existe y rechazan cualquier colaboración con el mismo. Los hay que de tanto desencanto dan la espalda a todo enfoque político. Para muchos de nosotros, la principal fuerza productiva, son nuestros recursos humanos, "capital humano" lo llaman quienes ven en los trabajadores una vía para obtener ganancias, logrado por la gran revolución cultural que ha tenido lugar en estos años. Lo que necesitamos es que esos recursos humanos sean liberados de las actuales ataduras estatales y se les permita desplegar todas sus inciativas en un ambiente sano, solidario, constructivo, ecológico, alejado de los vicios tradicionales del capitalismo y sus formas de explotación, pero sobre todo bajo control de los trabajadores mismos.

Desde luego, en el seno de la sociedad cubana existe una minoría opositora que qusiera "borrón y cuenta nueva", que unos, más abiertamente que otros, desean la plena restauración del capitalismo privado, con un extremo anexionista que preferiría no dejar piedra sobre piedra de lo que se ha hecho en estos 50 años, apoya la continuidad del bloqueo, rechaza la mediación de la Iglesia y cualquir intento de entendimiento con el gobierno. En ese sector alentado por el imperialismo, una parte puede encontrar positivas algunas de las medidas del gobierno de Raúl Castro, lógicamente, como la liberación de los que quedaban del grupo de los 75, la tolerancia relativa a sus actividades pacíficas, la posibilidad de desarrollar empresas capitalistas privadas que exploten trabajo asalariado y una mayor apertura al capital extranjero que podría "demostrar la superioridad del capitalismo sobre el socialismo" y, eventualmente, facilitarle recursos para sus actividades políticas. Ellos quisieran producir un vuelco en la sociedad cubana a favor de sus posiciones, pero objetivamente todavía no tienen esa capacidad. Sin embargo el daño interno causado a la idea socialista en estos años de período especial y la eventual mejora de las condiciones de vida de muchos cubanos gracias al eventual alivio del bloqueo, puede potenciar la idea de que la salvación está en el Norte y en la opción que representa ese segmento todavía minoritario.

Hoy en Cuba, se libra una batalla estratégica por el futuro del socialismo, en el seno de la Revolución. […]

Kaos en la Red | 31-8-2010

PARA IR MÁS LEJOS

Claudio Katz, América latina: ¿hacia el socialismo del siglo XXI?

América Latina se ha convertido en un escenario privilegiado para discutir el socialismo. La región es el principal foco de resistencia internacional al imperialismo y al neoliberalismo y varias sublevaciones condujeron en los últimos años a la caída de presidentes neoliberales (Bolivia, Ecuador y Argentina). Estas acciones afianzaron la contundente presencia de los movimientos sociales. En un cuadro de luchas -que incluye reveses o represión (Perú, Colombia) y también reflujo o decepción (Brasil, Uruguay)- nuevos contingentes se han sumado a la protesta. Estos sectores aportan un renovado basamento juvenil (Chile) y modalidades muy combativas de autoorganización (México). Como el socialismo ofrece un propósito estratégico para estas movilizaciones, su debate ha recuperando importancia en muchas organizaciones populares.

Motivaciones

El socialismo comienza a lograr cierta presencia callejera en Venezuela. Esta difusión confirma una proximidad ideológica del proceso bolivariano con la izquierda, que estuvo ausente en otras experiencias nacionalistas. En la época de la Unión Soviética, algunos mandatarios del Tercer Mundo adoptaban la identidad socialista con fines geopolíticos (contrarrestar las presiones norteamericanas) o económicos (obtener subvenciones del gigante ruso). Como este interés ha desaparecido, el rescate actual de un horizonte anticapitalista tiene connotaciones más genuinas. El socialismo del siglo XXI se discute también en Bolivia y está presente en Cuba, al cabo de 45 años de embargos y agresiones imperialistas. Si el desmoronamiento que arrasó a los regímenes de la URSS y a Europa Oriental se hubiera extendido a la isla, nadie postularía actualmente un planteo no capitalista para América Latina. El impacto político de esa regresión hubiera sido devastador. El socialismo es una bandera retomada frente los presidentes de centroizquierda, que abandonaron cualquier alusión al tema para congraciarse con las clases dominantes. Bachelet ni recuerda el nombre de su partido cuándo preside la Concertación que recicla el modelo neoliberal. Lula se ha olvidado su coqueteo juvenil con el socialismo al estrechar relaciones con los banqueros y Tabaré Vázquez repite esta misma conducta cuándo tantea los acuerdos de libre comercio con Estados Unidos.

En América Latina se insinúa un nuevo contexto económico que favorece el replanteo de alternativas socialistas. Luego de un traumático período de concurrencia extra-regional, desnacionalización del aparato productivo y pérdida de competitividad internacional, en varios sectores de las clases dominantes despunta un giro neo-desarrollista en desmedro de la ortodoxia neoliberal. Este viraje tiene un alcance muy limitado,

pero introduce serias grietas en los dogmas económicos de la década pasada. Se está creando un nuevo espacio para considerar alternativas populares que incluyan perspectivas no capitalistas. En la región se verifica, además, una creciente tendencia a concebir programas nacionales en términos regionales. Muchos agrupamientos populares perciben la necesidad de formular sus reivindicaciones a escala zonal y esta postura contribuye a desenvolver reformulaciones zonales del socialismo. Esta contraposición se verifica en los tres proyectos de integración en danza, que apuntan a relanzar el neoliberalismo (ALCA), regular el capitalismo regional (MERCOSUR) o gestar formas de cooperación solidaria que podrían resultar compatibles con el socialismo (ALBA). El contexto latinoamericano actual incita, por lo tanto, a retomar los programas anticapitalistas en varios terrenos y este impulso ya se traduce en numerosas polémicas.

Recursos

Un debate retoma la controversia clásica sobre la viabilidad de una transformación anticapitalista, en una región periférica como Latinoamérica. ¿Son suficientes los recursos, las tecnologías y las calificaciones existentes para inaugurar este giro? Los países de la región están menos preparados- pero más urgidos que las naciones desarrolladas- para encarar este cambio. Soportan desastres alimenticios, educativos y sanitarios más intensos que las economías avanzadas, pero cuentan con premisas materiales más endebles para resolver estos problemas. Esta contradicción es consecuencia del atraso agrario, la industrialización fragmentaria y la dependencia financiera de la zona. En la izquierda existen dos respuestas tradicionales frente a esta disyuntiva: promover una etapa de capitalismo en alianza actual con el neo-desarrollismo o iniciar una transición socialista adaptada a las insuficiencias regionales. La primera tesis estima que en la región "no existen condiciones para una sociedad socialista". Pero no aclara si estas insuficiencias se verifican en el plano económico, tecnológico, cultural o educativo.

América Latina es una región dependiente, pero cuenta con sólidos recursos para comenzar un proceso socialista. Estos cimientos son comprobables en distintos terrenos: tierras fértiles, yacimientos minerales, cuencas hídricas, riquezas energéticas, basamentos industriales. El gran problema de la zona es el desaprovechamiento de estas potencialidades. No hay carencia de ahorro local, sino exceso de transferencias hacia las economías centrales. El principal drama latinoamericano no es la pobreza, sino la escandalosa desigualdad social que el capitalismo recrea en todos los países. La hipótesis de la inmadurez económica está desmentida por la coyuntura actual, que ha creado un gran dilema en torno a quién se beneficiará del crecimiento en curso. Los neo-desarrollistas buscan canalizar esta mejora a favor de los industriales y los neoliberales tratan de preservar las ventajas de los bancos. En oposición a ambas opciones, los socialistas deberían propugnar una redistribución radical de la riqueza, que mejore inmediatamente el nivel de vida de los oprimidos y erradique la primacía de la rentabilidad. Los recursos están disponibles. Hay un amplio margen para instrumentar programas populares y no solo condiciones para implementar cursos capitalistas. Es cierto que el marco objetivo que rodea a los distintos países es muy desigual. Las ventajas que acumulan las economías medianas no son compartidas por las naciones más pequeñas y empobrecidas. La situación de Venezuela difiere de Bolivia y Brasil no carga con las restricciones que agobian a Nicaragua. Pero ha perdido vigencia la evaluación de un cambio socialista en términos exclusivamente nacionales. Si las clases dominantes conciben sus estrategias a nivel zonal, también cabe imaginar un proyecto popular a escala regional. Los opresores diagraman su horizonte en función de la tasa de beneficio y los socialistas podrían formular su opción en términos de cooperación y complementariedad económica. No existe ninguna limitación objetiva para desenvolver este curso igualitarista. Es un error suponer que la región deberá atravesar por las mismas etapas del desarrollo que recorrieron los países centrales. La historia siempre ha transitado por senderos inesperados que mixturan diversas temporalidades y este patrón tiende a perdurar.

Oportunidades

Otro debate gira en torno a la conveniencia de promover un curso anticapitalista en la coyuntura actual. América Latina transita por una fase de crecimiento y auge de las exportaciones y algunos autores estiman que en estas condiciones, no se avizora ningún colapso que justifique la transformación socialista. Pero este proyecto difiere radicalmente del keynesianismo y no se limita a ofrecer un programa circunstancial para remontar los ciclos recesivos. El socialismo aspira a superar la explotación y la desigualdad, busca desterrar la pobreza y el desempleo, pretende erradicar los desastres ambientales, poner fin a las pesadillas bélicas y terminar con los cataclismos financieros. Estos objetivos justifican la batalla por otro régimen social en distintas coyunturas económicas. Las situaciones de colapso no constituyen el único momento apto para erradicar el sistema. El giro anticapitalista es una opción abierta para toda una época y puede iniciarse en cualquier fase del ciclo. La experiencia del siglo XX confirma esta factibilidad.

Ninguna revolución socialista coincidió en el pasado con el cenit de una crisis económica. En la mayoría de los casos irrumpió como consecuencia de la guerra, la ocupación colonial o la opresión dictatorial. Se demostró que ningún automatismo encadena el debut del socialismo con el desmoronamiento económico. Las penurias que genera el capitalismo son suficientes para propugnar la reversión de este modo de producción, en cualquier fase de sus fluctuaciones periódicas. Otra objeción resalta los impedimentos creados por la globalización. Plantea que la internacionalización del capital torna impracticable un desafío anticapitalista en América Latina. ¿Pero dónde radica exactamente ese obstáculo? La mundialización no constituye una barrera para un proyecto de alcance universal como es el socialismo. El desborde de las fronteras extiende los desequilibrios del capitalismo y crea mayores basamentos objetivos para erradicar ese sistema. La presentación de la globalización como una etapa que imposibilita modelos alternativos es tributaria de la visión neoliberal. Si se descarta el socialismo recurriendo a este razonamiento hay que desechar cualquier esquema de capitalismo keynesiano. Es incongruente afirmar que el totalitarismo de la globalización ha sepultado al proyecto anticapitalista, pero tolera modalidades intervencionistas de acumulación. Si se han cerrado todas las opciones, tampoco quedan resquicios para los ensayos neo-desarrollistas. En realidad la denominada globalización no constituye el fin de la historia. Solo inauguró un nuevo período de acumulación, basado en la recomposición de las ganancias a costa de los oprimidos y en transferencias de grandes desequilibrios internacionales a las economías más frágiles. Pero este curso regresivo lejos de alejar el horizonte socialista actualiza la necesidad de gestar esta opción.

Comienzos

En debate en curso no incluye la instauración plena del socialismo, ya que solo se discute el debut de ese proyecto. Construir una sociedad de igualdad, justicia y bienestar será una prolongada tarea histórica, que requerirá eliminar progresivamente las normas de la competencia, la explotación y el beneficio. No es una meta a realizar en poco tiempo. Especialmente en las regiones periféricas este proceso presupondrá la maduración de ciertas premisas económicas, que permitan mejorar cualitativamente el nivel de vida de la población. Estos logros se desarrollarán junto a la expansión de la propiedad pública y la consolidación de la auto-administración popular. Como esta evolución exigirá varias generaciones, el debate inmediato está únicamente referido a la posibilidad de iniciar este proceso. Comenzar la erección del socialismo implicaría sustituir la preeminencia de un régimen sujeto a las reglas del beneficio por otro regulado por la satisfacción de las necesidades sociales. Desde el momento que un modelo económico y político -guiado por la voluntad mayoritaria de la población- asuma estas características, empezaría a regir una forma embrionaria de socialismo.

Este debut es la condición para cualquier avance posterior. Una sociedad post-capitalista no emergerá nunca, si el giro socialista no se concreta en algún momento del presente. Los opresivos mecanismos de la ganancia y la concurrencia deben quedar drásticamente neutralizados, para que una nueva forma de civilización humana comience a despuntar. El punto de partida de esta transición choca abiertamente con el modelo neo-desarrollista. Ambas perspectivas son contrarias y no pueden conciliarse, ni desenvolverse en forma simultánea. La competencia por el beneficio impide la gestación paulatina de islotes colectivistas al interior del capitalismo. Los dos proyectos de sociedad tampoco podrían convivir pacíficamente entre sí, hasta que uno demostrara mayor eficiencia y aprobación general. Solo erradicando el capitalismo podrán abrirse las puertas hacia una emancipación social ¿Pero existen condiciones políticas en América Latina para desenvolver este proceso?

Caracterizaciones

La preeminencia de relaciones de fuerza favorables a los oprimidos es una condición del cambio socialista. La mayoría popular no puede prevalecer sobre sus antagonistas si afronta un balance de poder muy negativo. Este parámetro está determinado en América Latina por las posiciones de tres sectores: las clases capitalistas locales, la masa de oprimidos y el imperialismo norteamericano. La situación de las clases dominantes se ha modificado sustancialmente en comparación a la década pasada. Como resultado de las grandes crisis financieras, este sector perdió posiciones económicas y autoridad política. Por esta razón, la derecha ha quedado en minoría y los gobiernos centroizquierdistas reemplazaron a muchos conservadores en el manejo del estado (especialmente en el Cono Sur). Las elites capitalistas ya no fijan impunemente la agenda de toda la región. La relación de fuerzas regional también ha sido modificada por grandes sublevaciones populares, que en precipitaron la caída de varios mandatarios. Los levantamientos en Bolivia, Ecuador, Argentina o Venezuela han repercutido directamente sobre el conjunto de las clases dominantes. Desafiaron la agresividad patronal e impusieron en muchos países cierta contemporización con las masas.

El impulso combativo es muy desigual. En ciertas naciones es visible el protagonismo popular, en otras prevalece un reflujo y en ciertas zonas gravitan negativamente los atropellos sociales o la hemorragia de emigrantes. La correlación de fuerzas es muy variada, pero en el conjunto de América Latina se afirma una tónica general de iniciativas populares. Al comienzo de los 90 el imperialismo norteamericano estaba lanzado a la recolonización política de su patio trasero a través del librecomercio y la instalación de bases militares. También este panorama cambió. La versión original del ALCA fracasó por conflictos entre firmas globalizadas y dependientes de los mercados internos, por choques entre exportadores e industriales y por el extendido rechazo popular. La contraofensiva de tratados bilaterales que ha lanzado el Departamento de Estado no compensa este retroceso. El aislamiento internacional de Bush (retroceso electoral, fracaso en Irak, pérdida de aliados en Europa) le ha quitado espacio al unilateralismo e incentivó el resurgimiento de bloques geopolíticos adversos a Estados Unidos (como los No Alineados). Este repliegue norteamericano se refleja nítidamente en la ausencia de respuestas militares al desafío de Venezuela. La correlación de fuerzas ha registrado, por lo tanto, varios cambios significativos en América Latina. Las clases dominantes ya no cuentan con la brújula estratégica neoliberal, el movimiento popular recuperó presencia callejera y el imperialismo norteamericano perdió capacidad de intervención.

Actores

Los sujetos de una transformación socialista son las víctimas de la dominación, pero los protagonistas específicos de este proceso son muy diversos. En algunas regiones las comunidades indígenas han ocupado un lugar dirigente en la resistencia (Ecuador, Bolivia, México) y en otras zonas los campesinos lideraron la resistencia (Brasil, Perú, Paraguay). En ciertos países los protagonistas han sido asalariados urbanos (Argentina, Uruguay) o precarizados (Venezuela, Caribe, Centroamérica). También es llamativo el nuevo rol de las comunidades indígenas y el papel menos gravitante de los sindicatos fabriles. Esta multiplicidad de sectores refleja la estructura social diferenciada y las peculiaridades políticas de cada país. Los actores potenciales de un proceso socialista son todos los explotados y oprimidos. Este rol les cabe este rol no solo a los asalariados que generan directamente el beneficio patronal, sino a todos los afectados por la desigualdad social. Lo esencial es la convergencia de estos sectores en una batalla común, que se desenvuelve en torno a focos muy cambiantes de rebeldía. La victoria depende de esta acción contra un enemigo que domina dividiendo al campo popular. Pero la erradicación del capitalismo es un proyecto dependiente no solo de la acción de los oprimidos, sino también de su nivel de conciencia. Sólo estas convicciones pueden alimentar un proceso anticapitalista, ya que no existe ningún devenir inevitable de la historia hacia un desemboque socialista. Este sistema emergerá como una creación voluntaria de las grandes mayorías o no surgirá nunca. Lo ocurrido bajo el "socialismo real" ilustra cuán nefasto es sustituir la decisión popular por el paternalismo de los funcionarios.

Pero la conciencia de los oprimidos es una esfera sujeta a fuertes mutaciones, condicionada por la experiencia de lucha e influida por el impacto de grandes acontecimientos internacionales. Estos hitos se traducen en oleadas de entusiasmo y decepción hacia el proyecto anticapitalista. La actual generación latinoamericana no creció como sus padres bajo un contexto signado por grandes triunfos. Esta ausencia de un referente anticapitalista exitoso -próximo a sus vivencias inmediatas- explica cierto distanciamiento hacia el proyecto socialista. Las grandes diferencias entre el período actual y la

etapa de 1960-80 se ubican más en este plano de la conciencia política, que en el terreno de las relaciones de fuerza o en el cambio de los sujetos populares. No es la intensidad de los conflictos sociales, la disposición de lucha de los oprimidos o la capacidad de control de los opresores lo que ha cambiado sustancialmente, sino la visibilidad y confianza en un modelo socialista. El derrumbe de la URSS provocó una crisis de credibilidad internacional en ese proyecto que incidió significativamente sobre la acción de la izquierda. América Latina no fue la excepción de este impacto, pero su alcance efectivo ha sido más limitado en la región. La izquierda latinoamericana ya había tomado gran distancia del modelo soviético antes del colapso del "campo socialista" y su desánimo obedeció más a la herencia dejada por las dictaduras, al fracaso del Sandinismo o el bloqueo sufrido por la insurgencia centroamericana. En este plano también operó como contrapeso la subsistencia de la revolución cubana. En cualquier caso el clima de decepción ha quedado paulatinamente sustituido por un impulso a reconstruir el programa emancipatorio. El avance de la conciencia antiliberal se comprueba en el contundente rechazo a las privatizaciones y desregulaciones (muy superior al observado en otras regiones, como Europa Oriental). También se verifica el renacimiento de una conciencia antiimperialista sin los componentes regresivos en el plano étnico o religioso que prevalecen en el mundo árabe. Pero el nexo anticapitalista es el gran eslabón faltante, que debería construirse en el debate sobre el socialismo del siglo XXI.

Contextos

La izquierda latinoamericana enfrenta un problema estratégico relativamente novedoso: la estabilización de regímenes constitucionales. Por primera vez en la historia de la región las clases dominantes gestionan sus gobiernos a través de instituciones no dictatoriales, en casi todos los países y al cabo de un período significativo. Ni siquiera los colapsos económicos, los desmoronamientos políticos o las insurrecciones populares modificaron este patrón. El retorno de los militares es una carta mayoritariamente desechada por las elites del hemisferio. En las situaciones más críticas los presidentes son reemplazados por otros mandatarios con algún interregno cívico-militar. Lo que está por ahora descartado es la reinstalación de dictaduras para lidiar con la disgregación por arriba o la rebelión por abajo. Los regimenes actuales no son democracias reales sino plutocracias al servicio de los capitalistas. Las instituciones de este sistema han servido para consumar atropellos sociales que muchas dictaduras ni siquiera se atrevieron a insinuar. Estas agresiones le quitaron legitimidad al sistema, pero no condujeron a un rechazo popular al régimen constitucional equivalente al padecido por las viejas tiranías.

Este cambio en la norma en la dominación burguesa tiene efectos contradictorios sobre la acción de la izquierda. Por un lado amplía las posibilidades de acción política en un contexto de libertades públicas. Por otra parte, crea todas las dificultades asociadas a la estabilización de parlamentos, partidos e instituciones que perpetúan el status quo. Un sistema que recorta y al mismo tiempo consolida el poder de los opresores representa un gran desafío para los socialistas, especialmente cuando este régimen es mayoritariamente percibido como el mecanismo natural de funcionamiento de cualquier sociedad moderna. Esta última creencia es fomentada por la derecha –que ha captado la conveniencia de desenvolver su acción política dentro del contexto constitucional- y por la centro-izquierda, que preserva el régimen de opresión con mascaradas progresistas. Ambas vertientes fogonean falsas polarizaciones electorales, para presentar la simple alternancia de figuras en el manejo del poder como un cambio significativo.

El ejemplo actual de esta complementariedad es la "izquierda moderna y civilizada" que llegó al gobierno con Lula, Tabaré o Bachelet, para perpetuar la supremacía de los capitalistas. Pero otras situaciones son más problemáticas porque se quebró la continuidad institucional con el fraude (Calderón) o la dimisión presidencial (Bolivia, Ecuador, Argentina). En ciertos desenlaces estas convulsiones concluyeron con la reconstrucción del orden burgués (Kirchner), pero en otros países las crisis desembocaron en el imprevisto acceso al gobierno de presidentes nacionalistas o reformistas, que son rechazados por el establishment. Es el caso de Chávez, Morales y Correa. En estos últimos procesos el terreno electoral se ha perfilado como un área de lucha contra la reacción y un punto de apoyo para encarar transformaciones radicales. Esta conclusión es vital para la izquierda. Especialmente en Venezuela se ha verificado como los comicios constituyen un campo para legitimar el proceso bolivariano y potenciar la derrota propinada a la derecha en las calles. En la esfera electoral se complementaron las victorias de la movilización.

El cuadro constitucional prevaleciente en Latinoamérica altera significativamente el marco de acción de la izquierda, que durante décadas se acostumbró a confrontar con un enemigo dictatorial. La batalla dentro del nuevo contexto no es sencilla, desde el momento que el institucionalismo funciona con simulaciones permanentes para reproducir el orden vigente. Por eso se impone combinar la acción directa con la participación electoral. Por esta vía se compatibilizan los tiempos de surgimiento del poder popular -que requiere todo proceso revolucionario- con la maduración de la conciencia socialista, que en cierta medida se procesa a través de la arena constitucional. Este camino incluye el logro de conquistas que permitan reforzar las posiciones de los trabajadores, afianzar su gravitación política y fortalecer su presencia organizativa. Pero estas reformas no se acumulan, ni son irreversibles. Tarde o temprano su consolidación (o profundización) choca con la regla del beneficio y obliga a respuestas populares contundentes para defender lo obtenido. Quiénes convocan a "resolver primero los problemas inmediatos" para "discutir posteriormente el socialismo" desconocen esta conexión y además olvidan, que este futuro sería innecesario si el capitalismo pudiera satisfacer estructuralmente las necesidades perentorias. Las reformas son conquistas necesarias para preparar un giro anticapitalista, pero la revolución es un paso indispensable para asegurar el alcance efectivo de estos logros. Registrar esta complementariedad es importante para superar la esquemática separación entre períodos conservadores (exclusivamente propicios para mejoras mínimas) y etapas convulsivas (que solo permiten respuestas revolucionarias). La estrategia socialista exige amalgamar iniciativas de reforma con un explícito horizonte revolucionario.

Complementariedades

La conciencia popular se traduce en organización, ya que sin organismos propios los explotados no pueden gestar otro proyecto de sociedad. Las dos modalidades de organización popular contemporánea son los movimientos y los partidos. Ambas opciones cumplen un papel esencial para el desarrollo de las convicciones socialistas. Afianzan la confianza en la auto-organización y procesan normas de funcionamiento colectivo del

futuro poder popular. Los movimientos sostienen la lucha social inmediata y los partidos alimentan una actividad política más elaborada. Ambas instancias son necesarias para facilitar la acción directa y la participación electoral. Pero esta complementariedad es frecuentemente cuestionada, por los impulsores excluyentes de los movimientos que proclaman la obsolescencia de los partidos. Olvidan que estas organizaciones son irremplazables para actuar en el plano político. Ningún proyecto emancipatorio puede desenvolverse exclusivamente en el terreno social, ni prescindir de las plataformas específicas, los enlaces entre reivindicaciones y las estrategias de poder que aportan las organizaciones partidarias. Estos agrupamientos contribuyen a superar las limitaciones de una rebelión espontánea. La descalificación de los partidos es tan inadecuada como el vicio opuesto, que todavía exhiben algunas organizaciones de izquierda. Mantienen la vieja concepción vanguardista, actúan con férreo verticalismo y se gratifican con la auto-proclamación permanente. Este culto a la propia organización conduce a prácticas sectarias y a una búsqueda de hegemonía dentro de los movimientos sociales. Su acción se alimenta de la tradición caudillista y expresa los resabios de una cultura organizativa construida durante décadas de acción clandestina. En el marco de libertades públicas y competencia partidaria actual salta a la vista el carácter desubicado de estas conductas.

Actitudes

Postular que el socialismo puede ser iniciado en un período contemporáneo conduce a defender sin ocultamientos la identidad socialista. Favorecer, en cambio, una etapa neo-desarrollista induce al titubeo en la lucha contra el capitalismo. Para transitar por un camino en común con los industriales y los financistas hay que adoptar un comportamiento moderado, demostrar responsabilidad frente a los inversores y colocar todas las intenciones socialistas en un disimulado segundo plano. El proyecto del socialismo del siglo XXI plantea también serios problemas a los teóricos que gustan estudiar los desequilibrios del capitalismo, sin preocuparse por avizorar algún camino hacia otra sociedad. El socialismo es un tema molesto para quiénes interpretan el mundo sin tratar de cambiarlo, ya que este objetivo sacude su contemplativa mirada del universo circundante. La ausencia de proyectos socialistas en la izquierda es mucho más nociva que cualquier desacierto en los diagnósticos del capitalismo contemporáneo. Por eso resulta indispensable retomar el uso del término socialismo, sin prevenciones, ni sustituciones. Este concepto no es un vago sinónimo de “lo social”. Alude concretamente a un sistema emancipado de la explotación y no a genéricos inconvenientes de cualquier agregación humana. No bastan las difusas referencias al “post-capitalismo” para esclarecer cómo debería construirse una sociedad futura. Hay que exponer programas alternativos.

Algunos analistas estiman que el socialismo no puede difundirse luego del colapso sufrido por la URSS. Consideran que la noción cayó en desuso y perdió prestigio. Pero el repentino resurgimiento del concepto en Latinoamérica debería inducirlos a reconsiderar la validez del réquiem que han pronunciado. Muchos términos sufrieron un manoseo semejante al padecido por el socialismo. La democracia ha soportado por ejemplo distorsiones equivalentes. Fue el estandarte de los peores atropellos imperialistas durante el último siglo y esta deformación no indujo a su reemplazo por ninguna otra palabra. Nadie ha postulado otro término para definir la soberanía popular, ya que para denotar ciertos fenómenos hay nociones irreemplazables. La vigencia del socialismo debe ser evaluada con cierta perspectiva histórica, tomando en cuenta que ha estado sometida a un vaivén semejante al sufrido por la democracia. La invención contemporánea de este último ideal se produjo en 1789, pero el principio de igualdad política solo conquistó autoridad en el curso de un largo período posterior. Al cabo de este tiempo fue aceptado como principio superador de jerarquías medievales, que en el pasado eran identificadas con la propia existencia humana. Con la invención del socialismo ocurrirá algo parecido. El debut de 1917 quedará como un gran precedente de la gesta humana por alcanzar la igualdad social y liberar al individuo de las cadenas del mercado. El comienzo del siglo XXI permite empezar a plasmar ambos objetivos. La actual coyuntura latinoamericana invita a renovar los debates estratégicos en la izquierda en controversias francas, abiertas y respetuosas. Es el momento de asumir logros y balancear las limitaciones con una actitud entusiasta y crítica. Ambas posturas contribuyen a forjar el optimismo razonado que exige la batalla por el socialismo.

Sintesis publicada en F. Gaudichaud (coord.), El Volcan latinoamericano. Izquierdas, neoliberalismo y movimiebntos sociales, Otramérica, Madrid, 2011

Orientacion bibliografica

Franck Gaudichaud (coord.), El Volcan latinoamericano. Izquierdas, neoliberalismo y movimiebntos sociales, Otramérica, Madrid, 2012.

Marta Harnecker, La izquierda en el umbral del siglo XXI, Editorial Siglo Veintiuno, Madrid, 2000.

Claudio Katz, El rediseño de América Latina: ALCA, MERCOSUR y ALBA, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2006.

Claudio Katz, El porvenir del socialismo, Editorial Herramienta e Imago Mundi, Buenos Aires, 2004.

Michael A. Lebowitz, El socialismo no cae del cielo, Colección Ideas Claves, Caracas, 2006.

James Petras y Henry Veltmeyer, Social Movements and State Power : Argentina, Brazil, Bolivia, Ecuador, Pluto Press, Londres, 2005.

Luis Vitale, De Bolivar al Che, Cucaña Ediciones, Buenos Aires, 2002.

Barry Carr, Jeff Webber (Ed.), The Resurgence of Latin American Radicalism: Between Cracks in the Empire and an Izquierda Permitida, Boulder, Rowman and Littlefield, 2012.